



Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
Facultad de Filosofía y Educación
Departamento de Filosofía

Après-coup
Sobre algunas consideraciones de la historia y la
memoria en Walter Benjamin

TESIS PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE PEDAGOGÍA EN FILOSOFÍA

AUTORA: ISOLDA MARÍA ROA GONZÁLEZ

PROFESORA GUÍA: ELIZABETH COLLINGWOOD-SELBY OJEDA

SANTIAGO DE CHILE, MAYO 2016



Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
Facultad de Filosofía y Educación
Departamento de Filosofía

Aprés-coup
**Sobre algunas consideraciones de la historia y la
memoria en Walter Benjamin**

TESIS PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE PEDAGOGÍA EN FILOSOFÍA

AUTORA: ISOLDA MARÍA ROA GONZÁLEZ

PROFESORA GUÍA: ELIZABETH COLLINGWOOD-SELBY OJEDA

SANTIAGO DE CHILE, MAYO 2016

Autorizado para
Sibumce Digital

DEDICATORIA

A los ausentes.

AGRADECIMIENTOS

A la infinita incondicionalidad de mi familia.

A Niña y Libertad por su constante ánimo.

A la presencia y comprensión de las amistades.

A los profesores de la Escuela de Filosofía, y abundantemente, a Angélica.

A todos quienes posibilitaron esta escritura: a la memoria, a la población, compas, colegas y todos los que con ideas y acción inquietan el curso normal de las cosas.

TABLA DE CONTENIDOS

Resumen	iv
Introducción	1
Capítulo I. Talantes de la historia a contrapelo: pasado y presente.	3
1. Encuentro con una historia pendiente	7
2. La memoria que truená en el <i>continuum</i> de la historia.	15
Capítulo II. Fisonomía y devenir de la memoria	20
1. Inscrición: memoria y recuerdo	27
2. Historia: recuerdo y olvido	36
Capítulo III. Memoria de las imágenes, (re)pensar la interrupción	43
Capítulo IV. Pasado y memoria: la alteridad como tejido histórico	51
Bibliografía	63

RESUMEN

El presente trabajo se aventura en una aproximación a la relación entre pasado y memoria desde las reflexiones de los escritos de Walter Benjamin, centrándose, especialmente, en el texto *Sobre el concepto de historia*, desde el cual, anuncia una lectura a contrapelo a las concepciones de historia, pasado y su implicancia en la lectura sobre la memoria.

Así, pensar el pasado como una falta, despliega en una constelación de señas y correspondencias entre la memoria y la interrupción de la historia, como tarea de velar por lo que *no esta escrito*. En ello, se problematiza la inscripción y el recuerdo de lo ausente, como ejercicio de narración y tensión que propone una tarea enteramente nueva de la historia: la imagen dialéctica.

El concepto de *imagen dialéctica* que relampaguea desde el pasado surge como manifestación de este encuentro, que en su aparición actualiza el recuerdo, el olvido y se moviliza por medio de la colectividad, dejando las ruinas de un pasado –que como impronta de rememoración- se revela para las generaciones venideras.

Palabras claves: Historia, pasado, memoria, imagen, colectividad.

INTRODUCCIÓN

La crítica a la historicidad –a la historiografía en general- recae en aquel historiador que ve a la historia *como un rosario que le corre entre los dedos*, siguiendo una línea continua y homogénea de actos y batallas, que empáticamente instalan la historia como una ciencia de la verdad. Es así, que frente al gesto dominador de la historia, el ejercicio inquieto de Benjamin, manifiesta por medio del desmontaje la necesidad de suspender la historia como método revolucionario frente a la continuidad. Lowy, en su trabajo *Sobre las tesis*, cita a Marcuse definiendo la detención mesiánica de los acontecimientos, en tanto que “... la lucha revolucionaria exige la detención de lo que sucede y lo que ha sucedido; antes de asignarse cualquier meta positiva, esta negación es el primer acto positivo. Lo que el hombre ha hecho a los otros seres humanos y a la naturaleza debe cesar, y cesar radicalmente; recién después podrán comenzar la libertad y la justicia” (2003, pág. 152).

Objetivos generales

La propuesta de esta tesis, se presenta como una aproximación al concepto de historia, centrado en el texto *Sobre el concepto de historia* de Walter Benjamin (1940), que a modo de fragmento, presenta la relación del pasado a contrapelo, como método que problematiza y posibilita la discusión sobre las nociones de historia, memoria y justicia, aquí consideradas.

Así, la concepción historiográfica instala la clausura de lo sido, como *una verdad que no ha de escaparse*, considerando la discusión, de manera interrogativa, al presentar a la historia como una construcción dialéctica, que bajo tónica benjaminiana, sentencia y revela la ausencia de los márgenes, de lo pendiente.

De tal forma, la constelación de la contrahistoria, se representa en una *imagen dialéctica*, que reclama *oír las voces silenciadas de la historia*. Benjamin por medio de la rememoración, torna audible la historia a contrapelo, y el binomio de recuerdo y olvido, han

de actualizar el pasado ausente, presentizado bajo la figura de aquello que yace “pendiente de ser leído”, los pequeños y grandes relatos perdidos en la historia.

Es así, que la constelación benjaminiana de la historia, incita a recordar a los ausentes y cuestionar lo escrito, en tanto configuración de rememoración y justicia de la historia oprimida, por ello preguntar ¿Qué memoria hace historia? o ¿Qué historia recordará las voces acalladas?, se transforma en la posibilidad de escritura.

Objetivos específicos

Dado lo anterior, el trabajo se presenta de manera inicial (capítulo I), como una aproximación a los conceptos benjaminianos sobre la historia, a modo de desplazamiento a la problemática de la tesis. En el siguiente apartado, se intenta instalar la discusión entre la historiografía, la historia, y el correlato del *continuum* y *discontinuum* como método a contrapelo que manifiesta la tarea pendiente de la historia. Así, desde el apartado 2 (La memoria que truenan en el *continuum* de la historia), la concepción de la historia se presenta como una tarea inconclusa pendiente de reinterpretación.

En el II capítulo, la propuesta de la memoria y su relación con la historia acallada, se presenta en torno a un pasado pendiente de traducción. Así, el pasado recordado como la reinterpretación, se manifiestan como problema del siguiente apartado, en tanto que el pasado, es recepcionado de manera condicionante a su forma de inscripción. La continuación de este trabajo, de título “Historia: recuerdo y olvido”, provoca la discusión entre la relación de esta triada y la posibilidad de acción que podría ejercer la memoria –como binomio de recordar y olvidar- en la historia silenciada.

Como conclusión, la memoria de las imágenes (capítulo III), se presenta como el desplazamiento de la historia pendiente a la idea de la memoria de las imágenes, donde justamente la memoria se presenta como generadora de encuentro entre lo silenciado y de lo recordado. Para llegar al IV capítulo y cierre de este trabajo, donde la propuesta entre la relación historia y memoria se interpolan en la colectividad de quienes olvidan y quienes recuerdan en relación a una historia dolida, reciente y que sigue ocultando cuerpos.

I. Talantes de la historia a contrapelo: pasado y presente.

“Al pensar no sólo le pertenece el movimiento de los pensamientos, sino también su interrupción”.

“El sujeto historiográfico es, por derecho, aquella parte de la humanidad cuya solidaridad abraza a todos los oprimidos”.

Walter Benjamin

Bajo la tónica del pensamiento histórico, sobreviene la aproximación de una comprensión común del concepto que ha sido denominado “historiografía”¹, entendiendo como aquel relato de hechos acontecidos [en el pasado] que siendo descritos de manera lineal y continua han construido un recorrido histórico, lo que ha sellado una idea de historia universal.

En consecuencia, la historiografía tradicional se puede presentar como aquel estudio que “se contenta con establecer un nexo causal entre diversos momentos de la historia” (Benjamin, 2009, p. 82). Esta complacencia de cuya mirada positivista convierte al

¹ La historiografía como parte aquella teoría del estudio de la historia, reúne datos cuantitativos (empíricos) de un objeto cognoscible. Es la ciencia que articula las historias y relatos que acontecen a lo largo de los tiempos. Para el historiador y filósofo, Michel de Certeau, la historia es comprendida como una operación: “considerar la historia como una operación, sería tratar, de un modo necesariamente limitado, de comprenderla como la relación entre un *lugar* (un reclutamiento, un medio, un oficio etcétera), varios *procedimientos* de análisis (una disciplina) y la construcción de un *texto* (una literatura). De esta manera admitir que la historia forma parte de la “realidad”, de la que trata, y que esta realidad puede ser captada como actividad humana, como práctica”. Sin embargo, (...) “la escritura histórica se construye en función de una institución cuya organización parece invertir: obedece en efecto a reglas propias que exigen ser examinadas “científicamente”. (1993, p. 68).

pasado en una masa de acontecimientos sacralizados, es capaz de analizar la historia como un objeto del cual se organizan las épocas y donde el pasado se fija en “una imagen eterna”, es la representación de la historia y por ello, quien “quiere revivir una época, (se) debe sacar de la cabeza todo lo que sabe del transcurso ulterior de la historia” (Fustel de Coulanges, citado por Benjamin, 2009, p. 42).

Al comenzar a descifrar la lectura benjaminiana sobre la historia –tal como un trabajo arqueológico-, se devela la mirada *por* el pasado oculto, bajo la enunciación crítica de “leer -la historia- a contrapelo”, con la que abre una mirada, no solamente *hacia* el pasado, sino *por* el pasado mismo, una mirada puesta en una constelación de figuras que yacen y conforman reflexivamente la historia como una temporalidad oprimida: “el materialista histórico aborda el pretérito única y solamente cuando éste se le presenta como mónada. En esta estructura reconoce el signo de la interrupción mesiánica del acontecer (...) una *chance* revolucionaria en la lucha por el pretérito oprimido” (2009, p. 82).

Éste método benjaminiano de contemplar la historia, instala diversas problemáticas que han sido la *constante* en torno a la discusión sobre la misma. Por ello, considerando sus antípodas, se propone dilucidar su concepción de la historia por medio de los escritos y la correspondencia con la memoria, propuesta en sus tesis.

Para abordar este trabajo, se considerará como texto vertebral de 1940, *Sobre el concepto de historia*, donde el autor anuncia que la historia es vista “como una sucesión de acaecimientos que corren entre los dedos como un rosario” (ibíd., p. 53), donde el historicismo atrapado por la empatía con el victorioso, observa a la historia con linealidad. Así, la sentencia se instala como una historia que contada a favor de los dominadores, “marcha en el cortejo triunfal que lleva a los dominadores de hoy sobre los [vencidos] que hoy yacen el suelo”. (Benjamin, 2009, p. 43).

Asimismo, el autor, evidencia que los vencidos de ayer, son los vencidos de hoy, e invita a pensar en la figura de la detención haciendo estallar el *presente* contra la idea lineal de la historia como un rosario de acontecimientos bajo la consigna a *contrapelo*, con una tarea al nuevo historiador.

Es, desde *Sobre el concepto de historia* donde se emplaza la crítica a la tradición historiográfica –al positivismo, al progreso que compone el eje del concepto tradicional de

historia- al historicismo². Para el autor de las tesis, la historia lleva consigo una constelación de conceptos que construyen un “tiempo-ahora”, de tal manera que se (re)presenta al momento histórico como un *discontinuum*; en contraposición al *continuum* de la historia tradicional, donde la “historia de los oprimidos es un *discontinuum* (...) El *continuum* de la historia es de los opresores” [Ms 469] (Benjamin, 2009, p. 65).

El *discontinuum* será comprendido como el tiempo “aquel que no pudo realizarse en su presente, el pasado que mantiene vigencia aún hoy –en virtud de la continuidad de una tradición dominante- es el modo en que el presente se enseñoorea de la historia en la figura de la continuidad” (Oyarzún, 2009, p. 32). De ello, que la tarea de la historiografía, especialmente “el historicismo” [positivista] consista solamente en una tarea aditiva, trazando triunfos, posponiendo el *discontinuum*, que como sombra de la historia, se ha transformado en el pasado trunco, oprimido, olvidado, un lugar que la historiografía ha querido borrar, justificando el lado glorioso de la historia.

Benjamin ve que la historia está siendo tozuda con el pasado, está perdiendo doblemente en su representación por los vencedores, “ya que quien hace la historia no es el que la cuenta, sino el que la escribe” (Reyes Mate, 2006, p. 137). Aquí, se funda la tarea, que “ningún hecho es histórico meramente por ser una causa (...) sino, una constelación en que su propia época ha entrado con una época anterior enteramente determinada”, (Benjamin, 2009, p. 53) que ha de trazar el encuentro entre relatos grandes y pequeños, que yacen y conforman la historia como un *collage*, una fragmentariedad de momentos que evocan *el entero curso de la historia*.

Entonces, desde lo ausente late una historia pendiente que irrumpe en el *ahora* para ser atendida, como “una imagen irrecuperable del pasado que amenaza (en) desaparecer con cada presente que no se reconozca aludido en ella, [Tesis V]”. (Benjamin, 2009, p. 41). Con ello, este reconocimiento en la tarea de pasar “el cepillo a contrapelo”³, intenta recuperar

² “El historicismo culmina, con justicia, en la historia universal. De ella se diferencia la historiografía materialista se diferencia metodológicamente quizá con más nitidez que de cualquier otra. Aquella carece de armazón teórica. Su proceder es aditivo: suministra la masa de los hechos para llenar el tiempo homogéneo y vacío (...) En el fundamento de la historiografía materialista hay un principio constructivo” [tesis XVII] (Benjamin, 2009, p. 50).

³ La interpretación de esta frase, se puede leer en dos autores. Por una parte Reyes Mate la define como: “cepillar a contrapelo es una invitación a nadar contra la corriente, atender a lo despreciado por la historia canónica”. (2006, p. 140). Por otra, Michael Lowy, lo explica como un imperativo: “se trata de ir a contracorriente de la versión oficial de la historia, oponiéndole la tradición de los oprimidos”. (2003, p. 86).

lo silenciado, incitando a pensar la historia [pendiente] fuera de la tradición, que debe mirar con espanto a lo dominante y ser una demanda al *continuum*⁴. Así, la historia no sólo debe ser recordada por sus grandes gestas, sino sobretudo *por el vasallaje anónimo de los contemporáneos*.

Desde ésta visión, el historiador, tendrá la tarea de hacer visible el montaje de las gestas que marcarán el tiempo de la historia; su deber será oír lo pendiente y mirar lo ausente del pasado, en esto, yace la teoría de la historia benjaminiana y de la memoria, como cimientos de una historia pendiente. Así, la mirada bizca a lo ausente es el instrumento reivindicatorio de la evocación, pero entendida no como “el acto puramente espontáneo de conjurar algo ya fenecido, sino la escucha de una vocación que llama desde lo pretérito (‘el eco de las voces muertas’) (Oyarzún, 2009, p.25).

En su trabajo introductorio a *Sobre el concepto de historia*, Oyarzún, señala que bajo las letras benjaminianas el pasado “determina todo el tiempo, configura la temporalidad del tiempo. El futuro, concebido como diferencia del presente, como hiato que se abre en este irresuelto, proviene no de unas ritualidades que estarían alojadas e implicadas en dicho presente, sino del pasado en cuanto aquello pendiente” (2009, p. 23).

Un pasado astillado de historia, que como pendiente, espera por ser narrada. Pero ¿Qué es esto pendiente?... en letras de Oyarzún, “el pasado *sensu stricto* es el pasado trunco, aquel que no pudo realizarse en su presente” (ibid), pero ¿cuánto sabe la historia de esta historia pendiente?. Preguntas, que no sólo abren la problematización de la temporalidad histórica, sino que confirman el complejo horizonte de la relación entre pasado y presente.

Como se menciona, la historia ha de ser instalada como un conjunto de hechos lineales y continuos, que conforman el *corpus* de hechos que no han sido contados –como lo “pendiente”-. Y es, desde “lo pendiente”, donde el autor articula una contrahistoria, contemplando “los acontecimientos, sin discernir entre los grandes y los pequeños” (Benjamin, 2009, p. 40), es decir, tanto lo ausente como lo presente, lo escrito y lo no escrito, el recordado y lo olvidado.

⁴ Desde la incitación al pensar benjaminiano de la historia, la historia misma ya “no puede ser pensada sin espanto”. La mirada con espanto implica no sólo el gesto del contrapelo, ya que la construcción de la historia “no sólo debe su existencia a los grandes genios que lo han creado, sino también al vasallaje anónimo de sus contemporáneos” [Tesis VII]. (Benjamin. 2009, p. 43).

Esta mirada de la historia, ha de tener presente el historiador benjaminiano como resistencia a la idea de “articular históricamente el pasado para conocerlo como verdaderamente ha sido” (Benjamin, 2009, p. 41)⁵ —como anuncia el historicismo—. Por ello, la mirada a contrapelo a la “operación historiográfica”, conlleva una constelación a las temporalidades históricas que se manifiestan en forma de *un relámpago en un instante de peligro*. Peligro, que hará estallar el *continuum* de la historia, donde cada instante, será una fugacidad de fragmentos que *tienen el don de encender en el pasado la chispa de la esperanza*.

De ello brota pensar a la historia benjaminiana como un desmontar al campo de la historiografía, que por medio de la interrupción del tiempo continuo en un *tiempo-ahora*, actualiza la labor del historiador, en tanto que “no puede renunciar al concepto de un presente que no es tránsito, sino en el cual el tiempo está fijo y ha llegado a un detenimiento” (Benjamin, 2009, p. 50).

1. Encuentro con una historia pendiente

“En todos nosotros existe una zona crepuscular entre la historia y la memoria; entre el pasado como un registro generalizado que está expuesto a una inspección relativamente desapasionada y el pasado como una parte recordada o un antecedente de nuestra propia vida [...] La amplitud de esa zona puede variar, y otro tanto variarán la oscuridad y la indistinción que la caracterizan. Pero esa tierra de nadie del tiempo

⁵ La tesis (VI) completa reza: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘como verdaderamente ha sido’. Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relampaguea en un instante de peligro. Al materialismo histórico le concierne aferrar una imagen del pasado tal como ésta le sobreviene de improviso al sujeto histórico en el instante de peligro. El peligro amenaza lo mismo al patrimonio de la tradición que a quienes han de recibirla. Para ambos es uno y el mismo: prestarse como herramienta de clase dominante. En cada época ha de hacerse el intento de ganarle de nuevo la tradición al conformismo que está a punto de avasallarla. Pues el Mesías no viene sólo como redentor; viene como vencedor del anticristo. Sólo tiene el don de encender en el pasado la chispa de la esperanza aquel historiador que este traspasado por la [idea de que] tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo cuando este venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer”. *Ibíd.*

siempre existe. Y es con mucho la parte más difícil de comprender, tanto para los historiadores como para los demás”.

Eric Hobsbawm.

La relación pasado y memoria es el punto de tensión que avizora Benjamin en el texto sobre las tesis. Este encuentro posibilita la discusión en torno a la historiografía, como paradigma de los acontecimientos ocurridos y su relación con el presente, que devela por sí mismo, un pedregoso trabajo sobre la concepción del pasado y la memoria histórica.

Para nombrar a la historia, se requiere –comúnmente- la concepción de la historia tradicional, cuyo origen ha consentido la historiografía en torno a categorías y signos linealmente instituidos. Ahora, desde la mirada propuesta por Benjamin, confronta el método positivista de la historia, el cual gesta su dominio sobre el discurso historiográfico del siglo XIX, donde examina la idea de Von Ranke⁶, quien postula que la tarea del historiador debe estar remitida a la confianza en las fuentes y a un compromiso en *escribir la historia tal cual fue*⁷. Así, la interpretación de la historia como fundamento del historicismo positivista, intenta dar exactitud, con el objetivo de entender -de manera certera- el estudio de las sociedades. Este hecho, permitiría obtener la “*verdad*” de lo acontecido de una manera “lineal y continua”, en la que el pasado se transforma en un objeto detenido y exacto.

Es por ello que frente a la objetivación del pensamiento histórico, la crítica a la historiografía –de tendencia positivista- viene a mostrar el problema de la determinación científica-histórica rankeana, ya que con dicha teoría, el pensar histórico –como proceso inabarcable temporal y espacialmente- no puede estar sumido a las creencias científicas, ya que ella misma pertenece al devenir, al *pensar* del devenir histórico.

⁶ Leopold Von Ranke, considerado el padre de la historiografía positivista antes de 1914. Escribe en 1824 “Historia de los pueblos latinos y germánicos de 1494 a 1514” en la que ocupa diversas fuentes desde cartas, memorias, diarios, testimonios, etc, inusual para un historiador de la época. Benjamin lo cita en una de sus tesis (Tesis VI) aludiendo a su enunciado frente al conocimiento de la historia (“Conocer el pasado como verdaderamente ha sido”) como una “definición enteramente quimérica”. (Danto, 1989, p. 29 y ss).

⁷ Su método, historicista postula como herramienta de investigación a la *filología*, para él, el pasado es el que debe hablar a través de los textos, no el historiador, así lo expone en uno de sus primeros trabajos, a modo de manifiesto del historiador, que resuelve científicamente su teoría de la historia. La propuesta objetivante de los hechos en cuanto a su marco estructural y escritural hace de la historia una historia clausurante a la interpretación, ya que la historia debe estar simplemente expuesta.

Y desde ella, la crítica al positivismo viene a ocupar un lugar medular en la discusión historiográfica, ya no sólo como contrapelo, sino como reflexión y construcción de la historia del quehacer del pasado y la presente.

Otro de los autores, que así como Benjamin expone la idea totalizante del positivismo de la historia como críticas a la historiografía es Adorno (1972), Así, en la introducción a “*La disputa del positivismo en la sociología alemana*” propone que:

“La diferencia entre el concepto dialéctico de totalidad y el positivista puede centrarse más agudamente en el hecho de que, el primero es “objetivo” y se abre a la comprensión de cualquier constatación *social* singular, en tanto que las teorías positivistas no pretenden sino sintetizar en un continuo lógico exento de contradicciones todas las constataciones, eligiendo para ello únicamente categorías de la mayor generalidad posible, y sin reconocer como condición de los estados de cosas esos conceptos estructurales culminantes en que estos son subsumidos” (p. 24).

La crítica propuesta al positivismo, se centra precisamente en torno a la arbitrariedad del conocimiento objetivo y dominante, es decir, la historia positivista carece de reflexión de un conocimiento histórico, que deja –por su tono- fuera *grafías* (como la literatura y la filosofía misma), las cuales no deben ser comprendidas antagónicamente al armazón de la historia, sino posibilitadoras de discurso, así como lo propone el método dialéctico⁸: “La

⁸ Adorno enuncia las críticas fundantes de la dialéctica contra el positivismo. Adorno entra en la discusión de modo crítico y reflexivo frente a la figura clausurante del positivismo, quien reduce la filosofía al ámbito lógico: “El positivismo, que anatemia toda contradicción, tiene la suya más profunda y no consciente de sí misma en esa reducción a la particularidad de una razón meramente subjetiva e instrumental a la que se ve forzado cuanto más pretende ceñirse a su criterio de objetividad extrema, cuanto más pretende ceñirse a una objetividad purificada de cualesquiera proyecciones subjetivas”(p. 15). El positivismo enfatiza la figura “objetivante” como su máxima metodológica. La ciencia de los hechos debe ser “absolutamente objetiva”, limitando el conocimiento –como problema- y la mediación subjetiva, como crítica fundante hacia la filosofía. “La idea de un sistema objetivo, con validez “en sí”, no es en el plano social tan quimérica como pudo parecer a la caída del idealismo y como pretende el positivismo. El concepto de gran filosofía, no debe en modo alguno su origen a determinadas cualidades estéticas de tales o cuales operaciones mentales, sino a un contenido de experiencia que precisamente por su trascendencia respecto de la conciencia humana individual pudo resultar lo suficientemente sugestivo como para llegar a ser hipostasiado a la manera de un absoluto. La dialéctica puede legitimarse retrayendo dicho contenido a la experiencia, a esa misma experiencia de la que procede. La cual no puede ser sino la mediación de todo particular por la totalidad social objetiva” (págs. 19-20). Existieron luego, distintas corrientes post-positivistas de la historia, para posteriormente tocar las ideas del materialismo histórico a las que Benjamin

crítica dialéctica puede rescatar aquello que no pertenece a la totalidad, lo que se opone a ella o lo que como potencial de una individuación que aún no es, se está configurando, ayudando a producirlo” (Adorno, 1972, p. 22).

Desde la percepción benjaminiana, lo primordial de la dialéctica de los grandes y pequeños relatos, de los vencidos y vencedores, de la totalidad y parcialidad del acontecer, que une a modo de saltos la idea del pasado⁹, pero no como totalidad, sino, como fragmentos que surgen y representan temporalidades que se conjugan como emergencia del pasado, donde “el historicismo expone la imagen eterna del pasado” (Benjamin, 1982, p. 92), como tiempo incuestionado desde la mirada de los historiadores y observado como aquello que está delante, contrario al materialismo.

“No es así que lo pretérito arroje su luz sobre lo presente o lo presente sobre lo pretérito, sino que la imagen es aquello en lo cual comparecen en una constelación el pretérito con el presente. Mientras que la relación de lo antaño con el ahora es una [relación] (continua) puramente temporal de lo pretérito con el presente es dialéctica, de índole de salto [N2 a, 3]”. (Benjamin, 2009 a, p. 94).

La tarea de reflexión por el tiempo pasado, se centra en las huellas, escombros, ruinas de lo sido a modo de presencias. Esto conforma no sólo la dialéctica de la historia como constelación de imágenes, sino, que además en ello se anida el enigma de la memoria, la alteridad de lo que yace muerto, que “experimenta una praxis con el pasado y con el otro (otra época o la sociedad que hoy lo determina) (...) funciona como lo hacían civilizaciones remotas, los relatos de luchas cosmogónicas que enfrentan un presente con su origen” (De Certeau, 1993, p. 61).

se suscribe. Pero entre ello surge la figura de un pensamiento discurso vinculado al conocimiento, la reflexión y crítica sobre esta masa de hechos dominantes. La crítica al positivismo historiográfico, abarca varias fuentes filosóficas y epistemológicas, como ejes de la reflexión y la construcción de la hermenéutica (La discusión sobre la historia y el conocimiento se da en espacios similares, en campos que producen tensión y diálogo, tanto en la filosofía como en la historiografía, sociología, entre otros, ya que contrario a ello, sería un espacio infructífero) pero en el marco de este trabajo precisar en las ideas benjaminianas de la historia.

⁹ “El mismo salto, realizado bajo el cielo despejado de la historia, pasa a ser el salto dialéctico, la revolución tal y como la entendió Marx”. Tesis XIV. Para Benjamin “la revolución es la interrupción del eterno retorno y el advenimiento del cambio más profundo (...) La revolución presente se nutre del pasado, como el tigre de lo que encuentra en la espesura. Pero se trata de un lazo fugaz, de allí, la imagen del salto de la bestia en el tiempo”. Lowy, 2003, p. 141.

De tal forma, el pasado ha de ser contemplado desde “lo ausente en lo actual”, como fundamento y a la vez, como principio del recuerdo de aquello olvidado de la historia:

“Fundada, pues, el rompimiento entre pasado, que es su objeto, y un presente, que es un lugar de su práctica, la historia no cesa de encontrar al presente en su objeto y al pasado en sus prácticas. Ésta poseída por la extrañeza de lo que busca, e impone su ley a las regiones lejanas que conquista y cree darles la vida” (De Certeau, 1993, p. 52)

Esa búsqueda se presenta como lo ruinoso de la historia, lo muerto, la ruina, el desecho, como traza fronteriza que posibilita la aparición de lo sido. Así, tratar con lo sido, será justamente convocar a los ausentes, a los márgenes de los caminos, tal como enuncia Benjamin frente a los desechos de la historia: “No hurtaré nada valioso ni me apropiaré de ninguna formulación profunda. Pero los harapos, los desechos, esos no los quiero inventariar, sino dejarles alcanzar su derecho de la única manera posible: empleándolos” [N 1 a, 8]. (Benjamin, 2005, p.462).

De esta aparición cabe preguntar ¿Qué desechos tiene el presente?, ¿debería tomar sentido “lo trunco” por medio del recuerdo?. Este tipo de interrogantes originan las siguientes tentativas en torno a la memoria benjaminiana. Por ello, la intención de este trabajo, es pensar bajo la tópica benjaminiana de historia, es pensar y proponer la relación visible entre la memoria y el pasado como articulación de lo ausente o silenciado por la historiografía.

Así, en la tópica benjaminiana de *Sobre el concepto de historia*, y bajo las letras de Reyes Mate, en su trabajo *Medianoche en la historia*, este autor abre la interpelación de los grandes y pequeños relatos sobre la concepción de la historia, recopilando y añadiendo piezas argumentativas que (re)significan el texto a tratar. Siendo, uno de ellos, el que se refiere a la relación del historiador con lo inscrito, como “la frialdad que tienen los historicistas al momento de estudiar el pasado, como si no tuvieran relación con el”, y esa es la misma frialdad que tiene el pasado que se ha heredado.

Dejar de “atrapar ese fogonazo del pasado que brilla en un instante y (que) pasa fugazmente. (Es por ello que) la empatía es la renuncia a la (re)elaboración del pasado”¹⁰ (Reyes Mate, 2006, p. 132), que manifiesta una enunciación peligrosa, en tanto que “no es sólo dejar escapar esa posibilidad de interpretar el pasado, creyendo que el sentido de un acontecimiento se agota en la forma en que se ha manifestado en la historia, sino que es la empatía o frialdad con el punto de vista del vencedor sobre la historia” (ibíd.).

Dicha empatía intenciona un conocimiento de la historia con el presente en tono de familiaridad, y de extrañeza con lo ausente. Así, las imágenes “de los antepasados esclavizados” (Benjamin, 2009, p. 47) la historiografía se ha encargado de suprimir. Por tanto, el historiador historicista que inscribe los acontecimientos omitiendo los pequeños relatos y presentando aquellos de manos de los vencedores, usa el método de la adición a la línea de tiempo, ya que “está supeditado a explicar de una u otra manera los sucesos de lo que se ocupa; bajo ninguna circunstancia puede contentarse con presentarlos como dechados del curso del mundo” (Benjamin, 2008, p. 77), acción contraria al ejercicio del cronista.

Benjamin recurre a la figura del cronista, quien como fuente de la historia “detalla los acontecimientos sin discernir entre grandes, pequeños, tiene en cuenta la verdad de que nada de lo que alguna vez aconteció puede darse por perdido para la historia” (2009, p. 40), es llamado, –para el autor– “el narrador de la historia” (2008, p. 77).

Por tanto, bajo estas constelaciones benjaminianas, la historia, el pasado y el recuerdo, corresponden a la dialéctica que hace el autor al establecer que

“la historia tiene que ver con conexiones y con cadenas causales extendidas. Pero en cuanto da una noción de la fundamental citabilidad de su objeto, tiene que ofrecerse como un *instante* de la humanidad. El *sujeto historiográfico* es, aquella parte de la humanidad cuya solidaridad abraza a todos los oprimidos” (Benjamin, 2009, p. 60 y 61).

¹⁰ Se puede leer una idea símil en la tesis II en *Sobre el concepto de historia*, de la traducción de Lowy, destacar la frase: “uno de los rasgos más sorprendentes del alma humana, junto a tanto egoísmo en el detalle, es que el presente, en general, carece de codicia en cuanto a su futuro” (2003, p. 54), a diferencia de la traducción de Oyarzún que traduce como “envidia” (2009, p. 39).

Este interés social es parte de la condición que manifiesta el historiador materialista¹¹ como un *sujeto historiográfico* que propone la idea de una historia que *abraz a todos los oprimidos*: los pasados, los presentes y los por-venir. Manifiesta el deber propio del historiador de ser capaz de relacionar-se con el pasado como *un instante* y no como una *acumulación de hechos*, como lo ha venido haciendo, sino que además es preciso despertar el *ahora* de la consciencia a modo de una revolución a contrapelo:

“El giro copernicano de la visión histórica es éste: se tomó por punto fijo “lo que ha sido”, se vio el presente esforzándose tentativamente por dirigir el conocimiento hasta ese punto estable. Pero ahora debe invertirse esa relación, lo que ha sido debe llegar a ser vuelco dialéctico, irrupción de la consciencia despierta. Los hechos se convierten en algo que acaba de salirnos al paso, establecerlos es el asunto del recuerdo. Y de hecho el despertar es el caso ejemplar del recuerdo: el caso en que nos cae su suerte acordamos lo más próximo, lo más banal, lo que está más cerca (...) Hay un *saber-aún-no-consciente de lo sido*, cuya promoción tiene la estructura del despertar [K1, 2]” (Benjamin, 2005, p. 394).

Pero se debe tener presente, que si bien la mirada a contrapelo de la historia, propone releer la historia desde los márgenes, el pasado sigue siendo parte del *continuum* de la historia aleccionada, como parte de lo (hasta ahora) “conocido de la historia” y la tarea de recomponer la contra-historia es semejante a un desmontaje del presente como dimensión dominante de la temporalidad histórica, es decir la propuesta del contrapelo es *oír las voces acalladas*, pero ello no basta con interrumpir el presente, sino que además de esas voces, hay que prestar oído al eco de otras voces enmudecidas, recuperarlas, en tanto lugar de un “pasado pendiente”, en ello, yace lo decisivo¹².

¹¹ “El interés del materialista histórico por lo que ha sido es siempre, en parte, un ardiente interés por lo que ha fluido, ha acabado y está fundamentalmente muerto. Asegurarse de ello, en general y por completo, es condición imprescindible para poder citar (vivificar) partes de ese fenómeno. En una palabra: forma parte del interés histórico concreto, cuyo derecho ha de mostrar el historiador materialista como su más propia tarea, probar con éxito que se ocupa de un objeto que «pertenece», por entero e irrevocablemente, «a la historia».” [J 76 a, 4] (Benjamin, 2011. p. 370).

¹² Oyarzún en su introducción al texto *La dialéctica en suspenso, fragmentos sobre la historia*, anuncia que “la evocación no es el acto puramente espontáneo de conjurar algo ya fenecido, sino la escucha de una vocación que llama desde lo pretérito (‘el eco de voces muertas’).” (2009, p. 25).

Desde esta escucha, la historia no puede ser vista como una acumulación de hechos, sino, como una constelación de construcciones en el tiempo-ahora, en un tiempo-ahora¹³, donde la interrupción al *continuum* será clave para citar/pensar el pasado.

Surge aquí, la imagen del *salto en la historia* como método del verdadero historiador frente a la linealidad y la tradición, donde “la historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino aquel pletórico de tiempo-ahora” (Benjamin, 2009, p. 48). El autor, edifica la relación de la historia con la rememoración donde cada instante es “el salto bajo el cielo despejado de la historia”, es decir, es la posibilidad de un presente consciente de su pasado trunco, como lo es la actualización del pasado en un ahora, como lo es “la consciencia de hacer estallar el continuum de la historia es propia de las clases revolucionarias en el momento de su acción” (Reyes Mate, 2006, p. 237).

Cabe preguntar ¿por qué a Benjamin le interesa que el materialista histórico realice el salto de la historia?, la respuesta se puede proponer —como ejercicio de contrapelo— desde dos puntos. Primero, porque el historicismo ha creado una representación de la historia continua y aditiva empatizando con el vencedor, por lo que ahora, la historia es un órgano del discurso dominador y positivista. Como consecuencia, la tarea del historiador debe interrumpir esta historia homogénea y lineal. Segundo, porque implica un retorno al pasado, a modo de salto, como “*el salto del tigre*” el retorno al pasado, que puede ser entendido como el salto revolucionario, es decir, como la acción de pensar y de reflexionar lo sido, relacionando con lo ausente en tanto rememoración¹⁴. Cuestión que ha de provocar un nuevo sentido, que hace hablar al pasado, aunque éste sea ruinoso.

Así, la figura del salto desploma el *continuum* de la historia y fundamenta la crítica al progreso, manifestando que la forma catastrófica de la historia, lleva consigo la barbarie como cifra del *continuum*. Por ello, es preciso tener presente, que el desplazamiento dado

¹³ “El historicismo expone la imagen eterna del pasado; el materialismo, en cambio, una experiencia única con él. La eliminación del momento épico a cargo del constructivo se comprueba como condición de esa experiencia. En ella se liberan las fuerzas poderosas que el *érase una vez* del historicismo permanecen atadas. La tarea del materialismo histórico es poner en acción esa experiencia con la historia que es originaria para cualquier presente. El materialismo se vuelve a una consciencia del presente que hace saltar el continuum de la historia”. (Benjamin, 1989, p. 92).

¹⁴ *Eingendenken*, el término elegido por Benjamin para asignar no sólo al recordar, sino para evocar al tiempo histórico de la opresión, es traducido literalmente como *pensar rememorante*. Algunos autores han matizado en torno a esta matriz: “remembranza” (Oyarzún, 2009, pág. 53), “rememoración” (Lowy, 2003, pág. 143), “recordación” (Reyes Mate, 2006).

entre las letras benjaminianas de la historia, se fortalece en “lo ausente” como resistencia al *continuum*, en tanto, “lo sido” como recuperación del pasado, pero se tendrá presente, que concebir la historia a contrapelo es una labor cautelosa, de lo contrario, se puede tropezar en las formas totalizantes y absolutistas que se intenta prescindir.

Un elemento en evocador en la teoría benjaminiana se presenta en sus letras por medio de la idea de “rememoración”, que advierte de éste trabajo evocando la mirada (bizca) a la historia, haciendo comparecer las costuras de las épocas como *chance* para pensar la historia y la memoria¹⁵.

2. La memoria que truena en el *continuum* de la historia.

“Los que en cada momento están vivos se miran en el mediodía de la historia” (Benjamin, 2005, p. 434) los presentes y los porvenir, han de tomar cada instante como emergencia del pasado. La advertencia sobre la ausencia, la falta, es traducible como cifra para la comprensión de la contrahistoria, que va removiendo el (des)montaje de la historia enterrada entre las ruinas, registros de manos de los historiadores, ya que, la historia de los dominadores puede ser pensada como un choque que ha ganado doblemente: con la inscripción de la historia misma y con el conocimiento de ésta, en tanto, que el historiador bajo la icónica representación de la historia universal, ve como la culminación del pasado ha instalado una cadena de hechos lineales, donde el progreso es la constante de la historia, y donde, la inscripción de lo que yace enterrado, se presenta como un documento rodeado de barbaridad. Así,

“No hay ningún documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie.

Y, la misma barbarie que los afecta, afecta igualmente el proceso de su

¹⁵ Cuando Benjamin se refiera a “la idea de historia universal como mesiánica”, alude a la condición judaica de redención que trae consigo la llegada del Mesías, el paraíso, la justicia de los derrotados y la verdad. Pero de manera secularizada esta idea pone a la teología al servicio de la lucha de los vencidos, es decir, la llegada del Mesías —que esto puede ocurrir en todo momento, no sólo como la figura del día del juicio final— es la liberación de los oprimidos de las clases dominadoras. Tal vez piensa en la propia historia del pueblo judío que arrastra tragedias (esclavitud, exilios, asesinatos) como metonimia de la historia universal, *los derrotados no deben ser olvidados, esa es la remembranza en la teología judía. Esta es la débil fuerza mesiánica que se nos ha concedido, pero que inversamente, es la fuerza que hoy ocupa la consciencia histórica, tal como indica el imperativo judío: Zachor! (recuerda!).* Para más detalle ver Lowy, 2003, p.128 y ss.

transmisión de mano en mano. Por eso el teórico del materialista histórico se aparta de ellos tanto como le sea posible. Su tarea, cree, es cepillar la historia a contrapelo” (Lowy, 2003, p. 81).

Benjamin en *Sobre el concepto de historia* (1940) anunció la catástrofe que se acercaba, y que era arrastrada por la concepción fascista de progreso: “el conformismo, que desde el comienzo hizo su hogar en la socialdemocracia, no sólo está adherido a su táctica política, sino también a sus representaciones económicas. Esta es una de las causas de su colapso ulterior [tesis IX] (...) los políticos que eran la esperanza de los adversarios del fascismo yacen por tierra y confirman la derrota traicionando la causa que hasta hace poco era suya” (2009, p. 45) .

Desde este avistamiento, el autor, interpreta la batalla, inspirado en un cuadro de Klee por medio de la pintura “*Angelus novus*”, que describe advirtiéndolo: la catástrofe de la historia.

“Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*. En él está representado un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que mira atónitamente. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, abierta su boca, las alas tendidas. El ángel de la historia ha de tener ese aspecto. Tiene el rostro vuelto hacia el pasado. En *lo que a nosotros nos parece como una cadena de acontecimientos, él ve una sola catástrofe, que incesantemente apila ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies*. Bien quisiera demorarse, despertar a los muertos y volver a juntar lo destrozado. Pero una tempestad sopla desde el Paraíso, que se ha enredado en sus alas y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al que vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Esta tempestad es lo que llamamos progreso” (Benjamin, 2009, p. 44).

Imagen que simboliza la catástrofe y la redención como parte de un tiempo pendiente. Imagen que recoge los restos de un pasado catastrófico y torna a la memoria

espectadora a la humanidad¹⁶. El ángel documenta los temores, los pasados y los futuros¹⁷, conecta con el valor de la memoria, en tanto, aquello que no debe ser olvidado.

Aquí, pensar la historia de la civilización como la barbaridad misma y su forma, la catástrofe, se presenta en el núcleo de la cultura, donde su método se manifiesta en la preservación de esta barbarie, en tanto que “la tradición del oprimido nos enseña que el ‘estado de excepción’ en que vivimos es la regla”¹⁸ (Benjamin, 2009, p. 43). Es decir como aquel momento en que una parte de la comunidad es dejada fuera. Lo que manifiesta que la barbarie es, o se ha vuelto, la norma histórica, cuestión que incita a pensar, desde ya, que la catástrofe se ha llevado las voces de ese vasallaje anónimo que ha quedado en el camino, que como construcción lineal, ha cimentado la excepcionalidad como la norma. Así, la crítica al concepto de progreso se presenta como la excepcionalidad de una constante en la historia.

Con esta figura –la catástrofe–, la condición reivindicativa de la memoria y su construcción se necesita configurar a través de la mirada al pasado que denuncia esta lógica histórica, ya que la barbarie se instala desde la historiografía como un avance positivista.

De ello, se desprende que bajo la lectura de la excepcionalidad, la cual viene a recordar el gesto del salto, como el salto del tigre, o el horizonte del ángel que mira más allá del presente, reteniendo al pasado trunco, y un futuro ruinoso, se contraponen al método de la memoria, que ocupa un lugar reinvindicatorio en el encuentro con el pasado, en tanto, que por

¹⁶ Lowy, hace referencia a la imagen del ángel de la historia de Benjamin, como la inspiración que pudo haber recibido por parte de Baudelaire en las imágenes poéticas de *Las flores del mal*, y cita: “¡Bajad, bajad, lamentables víctimas, /bajad por el camino del eterno infierno! /Hundíos hasta lo más profundo del abismo, donde todos los crímenes, / Flagelados por un viento que no llega del cielo, / Hierven en confusión con un rumor de tempestad”. (2003, p. 102).

¹⁷ Teniendo en cuenta su experiencia con la guerra, ya que en 1939 fue detenido por la Gestapo en Francia e internado en un campo de trabajo voluntarios. (Lowy, 2003, p. 77)

¹⁸ Es conveniente, considerar dichos conceptos como correlatos de lo que Benjamin manifiesta bajo la idea de redención de los antepasados, ya que es la redención judaica, en tanto mesianismo benjaminiano, lo que complementa la idea de excepcionalidad. Agamben en su texto “el Mesías y el soberano” de *Potencias* (2007) hace hincapié en la excepcionalidad schmittiana y en la figura del soberano: “Soberano es “el que decide sobre el estado de excepción”, es decir la persona o el poder que, declarando el estado de emergencia o la ley marcial, puede suspender legítimamente la validez de la ley. La paradoja implícita en esta definición (se puede llamar paradoja de la soberanía) es que, al tener el poder legítimo de suspender la ley, el soberano viene a encontrarse, al mismo tiempo, fuera y dentro del orden jurídico. La aclaración “al mismo tiempo” no es trivial: el soberano se pone *legalmente* fuera de la ley” Esto significa que la paradoja se puede formular también de esta manera: “La ley está fuera de sí misma”, o bien: “Yo, el soberano, que estoy fuera de la ley, declaro que no hay un afuera de la ley”. Por esto Schmitt define la soberanía como un “concepto-límite” de la teoría jurídica y ejemplifica su estructura a través de la forma de la excepción” (p. 325).

medio de la irrupción a la linealidad de la historia, el presente y el pasado se muestran “cuando el pensar se detiene súbitamente en una constelación saturada de tensiones, entonces le propina a esta misma un *shock*”. (Benjamin, 2009, págs. 50-51).

El *shock* manifiesta el despertar de leer aquello “que nunca fue escrito”, y considerar las palabras que fueron sacadas del camino; está es la lucha a la que Benjamin apunta insistentemente y que recae en la tarea del historiador, y la relación entre el pasado y la memoria.

En el trabajo *Sobre el concepto de historia*, se ensambla por medio de una jugada de ajedrez la labor del “materialismo histórico” y la relación del pasado y el presente, con la teología en la historia, donde juntas deben “ganar la partida”:

“Se cuenta que hubo un autómatas construido de tal manera que a cada jugada de un ajedrecista [oponente] replicaba con una jugada que le aseguraba el triunfo en la partida. Un muñeco en atuendo turco, con la pipa del narguile en la boca, sentado ante el tablero que descansaba sobre una mesa espaciosa. Mediante un sistema de espejos se despertaba la ilusión de que esta mesa era por todos lados transparente. En verdad, dentro de ella había un enano jorobado, que era un maestro en el juego del ajedrez y conducía la mano del muñeco por medio de hilos. Se puede imaginar un equivalente de este aparato en la filosofía. Siempre debe ganar el muñeco al que se llama “materialismo histórico”. Puede competir sin más con cualquiera, si toma a su servicio a la teología, que, como se sabe, hoy es pequeña y fea y no debe dejarse ver de ninguna manera”. (Benjamin, 2009, p. 39).

La figura de la teología como correlato del materialismo, se relacionan, en tanto que ambos conceptos, no se pueden reducir –en su obra- sino que se corresponden¹⁹, ya que es la historia la que opera como tablero y en ello se juega la partida, cuyas piezas, se mueven entre constelaciones y cruces que componen la historia benjaminiana, frente a la idea de lo sido. Así, la relación entre teología y materialismo tiene –para el autor- una fuerte implicancia epistemológica en la historia, pero por sobre todo ética, ya que “sin una interpretación correcta de la historia es difícil, si no imposible, luchar eficazmente” (Lowy, 2003, p. 48-49).

¹⁹ “Mi pensamiento se comporta respecto de la teología como el secante respecto de la tinta. Está enteramente impregnado de ella. Pero si dependiese del secante, nada de lo que se escribe quedaría [N7 a, 7]”. (Benjamin, 2009 a, p. 109).

Traducir esta jugada faculta la reinterpretación de la historia y el acto de redimir a los vencidos, en tanto *re-pensar* las injusticias a través del conocer el pasado y desde la interrupción al tiempo homogéneo, donde el autor reflexiona, oponiéndose a la imagen positivista y progresista de la historia, ya que a contrapelo es augurable la continuidad de la tradición.

Así, por ejemplo, el “ángel de la historia” es capaz de ver una cadena de acontecimientos: ruinas y cadáveres que ha venido dejando a su paso la catástrofe de la historia; por ello, es tarea del historiador –benjaminiano- contemplar “lo pendiente” de estas huellas, que revelen la tempestad del Paraíso y vean en la debilidad, la fuerza para recomponer los destrozos en el tiempo-*ahora*, porque solo tendrá

“el don de encender en el pasado la chispa de la esperanza aquel historiador que esté traspasado por [la idea de que] tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer” (Benjamin, 2009, p. 42).

Así, la chispa de la esperanza, Benjamin se manifiesta en la rememoración a los muertos, a los olvidados como la acción del tiempo-*ahora*²⁰ de la historia y la justicia. Propone bajo la figura de la “imagen dialéctica”, la resignificación del pasado inconcluso y presencia de la memoria.

²⁰ “El tiempo ahora o *Jetztzeit* resume todos los momentos mesiánicos del pasado y toda la tradición de los oprimidos se concentra, como una potencia redentora, en el momento presente, el del historiador o del revolucionario”. (Lowy, 2003, p. 140).

II. Fisonomía y devenir de la memoria

“El que un buen día ha empezado a abrir el abanico del recuerdo, ése siempre encuentra nuevas piezas, nuevas varillas, ninguna imagen le es suficiente, pues se ha percatado de que podría desplegarse, de que en los pliegues es donde reside lo auténtico (*das eigentliche*): aquella imagen, aquel sabor, aquel tacto por el que hemos desplegado todo eso, y entonces va el recuerdo de lo pequeño a lo más pequeño, de lo más pequeño a lo ínfimo, y cada vez se hace más fuerte aquello con lo que se encuentra en estos microcosmos”.

Walter Benjamin.

Frente a la discusión entre historia y memoria, el recuerdo benjaminiano presenta en su letra lo pasado como pendiente, en tanto temporalidad y relato. El autor, escribe el su trabajo *Sobre algunos temas en Baudelaire* que “el recuerdo es... una manifestación elemental que tiende a otorgarnos el tiempo, que por de pronto nos ha faltado” (2001, p. 130).

Por ello, el recuerdo, así como la cita²¹, se puede comprender como aquel encuentro viene a arrancar de la historia con un giro atávico el presente por medio del recuerdo, donde la presencia de lo evocado, –así como citas- desentierra y resignifica lo actual, siendo –en palabras de Proust- labor *del azar que encontremos antes de morir*²².

²¹ En el trabajo *Sobre el concepto de historia*, son diversos los pasajes que se suspenden a través de la cita, como mirada microscópica al pasado y especialmente a la valoración violenta de la cita como metáfora de la interrupción en la historia lineal: “Las citas destruyen los tópicos, obligándonos a pensar de nuevo”, lo citado “se desprende violentamente del contexto en el que se encuentra” (Reyes Mate, 2006, p. 93).

²² Se puede leer parte de la influencia sobre la concepción de la memoria a través de las ideas de Proust expuestas en el texto “*Sobre algunos temas en Baudelaire*”: “Proust estuvo limitado a lo que le proporcionaba una memoria que se doblaba a la “llamada de la atención”. Esta es la *mémoire volontaire*, un recuerdo voluntario; lo que pasa

En tanto, desde las letras benjaminianas, intentar rastrear la idea de memoria, se transforma en un encuentro de “calles de recuerdos”, que recorren los márgenes y huellas de lo que hasta hoy, se identifica como su pensamiento fragmentario.

Uno de sus cercanos de la época, Adorno, sostiene que: “la obra de Benjamin sea fragmentaria, no es atribuible tan sólo a un destino azaroso, sino que estaba inserto en la estructura de sus pensamientos, en su idea central desde el principio”²³. Un denominado estilo fragmentario de Benjamin muestra el sentido reflexivo de sus pensamientos, la inaudita universalidad de sus proyectos y su escritura vagabundeante, muestran la filosofía agitadora a la que apuntaba el autor, retratando constantemente el encuentro entre sus pensamientos y sus vivencias, tal como lo relata en su escrito *Comer*: “Junto con el café, tomas quien sabe cuántas cosas: tomas toda la mañana, la mañana de este día y a veces también la mañana perdida de la vida” (Benjamin, 2013, p. 70).

En varios de sus escritos, se confirma la traza nostálgica y de tinte autobiográfica, que fueron definiendo y construyendo su pensamiento, hasta sus últimos escritos. Entre ellos, y uno de sus textos que retoma los recuerdos de su niñez, *Infancia en Berlín*, en cuyas páginas se puede entrever cierta inspiración proustiana²⁴, que dilucida a un Benjamin que excava su niñez a partir de los recuerdos, emergiendo como imágenes dialéctizadas del pasado, al modo de la *mémoire involontaire*.

con ella es que las informaciones que imparte sobre el pretérito no retienen nada de este. “Y así ocurre con nuestro pasado. En vano buscar conjurarlo a nuestra voluntad; todos los esfuerzos de nuestra inteligencia no nos sirven de nada”. Por eso, Proust no tiene reparo en explicar cómo resumen que el pretérito se encuentra “fuera del ámbito de la inteligencia y de su campo de influencia en cualquier objeto real... además tampoco sabemos en cuál. Y es cosa del azar que tropecemos con él antes de morir o que no nos encontremos jamás”. (Benjamin, 2001, p. 126)

²³ Perellano, Rut. (2008) “Capas o el modo de atravesar experiencias”. Recuperado el 17 de febrero de 2016. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83631801>

²⁴ En *Una imagen de Proust* (1929), describe: “Esa eternidad en que Proust nos inicia es aquella del tiempo entrecruzado, y no el ilimitado. Por cuanto Proust nos habla del transcurso del tiempo en su figura real, entrecruzada, esa que en ningún otro lugar viene a imperar más claramente que en lo interior, en el recuerdo, y en el envejecimiento, en lo exterior. El perseguir la combinación de envejecimiento y recuerdo significa entrar al interior del corazón del mundo proustiano, al universo del entrecruzamiento. Se trata, pues, del mundo en el estado de la semejanza, y en él imperan las ‘correspondencias’, que el romanticismo y Baudelaire fueron los primeros en captar, pero que Proust es el único en sacar a la luz en nuestra vida. Algo que es obra de la *mémoire involontaire*, de aquella fuerza rejuvenecedora que hace frente al envejecimiento inexorable”.

Asimismo, las imágenes benjaminianas²⁵ se conciben como la *singularidad del recuerdo* y fuente del concepto de la rememoración²⁶, que se funda en aquella acción que despierta al sujeto y [lo] moviliza por el pasado pendiente, en tanto que resignifica lo sido. Esta acción, señalará un quiebre en la continuidad de la historia, ya que, establece *en* el presente la desobediencia productiva del recuerdo²⁷.

Por tanto, el acto de rememorar no manifiesta simplemente aquello que ha sido registrado de manera consciente, sino –y aquí es audible la relación con el psicoanálisis-, aquello que ha de ocuparse por lo no dicho, por lo in-visible de la huella, como aquello que al sujeto le adviene de manera *involuntaria*, como salto, pues ocurre que en el momento del recuerdo, surgen con el, muchos otros.

El acto de recordar se ve marcado por una connotación revolucionaria²⁸ en la historia, ya que no sólo se presenta en el espacio de inscripción, sino que además, como acción de pensar el pasado. Así, la posibilidad del recuerdo, en la teoría benjaminiana, es una tentativa por recuperar “los hilos que *estuvieron* perdidos durante siglos, donde el decurso de la historia vuelve a coger de súbito e inadvertidamente” (Benjamin, 1982, p. 1904).

En uno de sus notables trabajos sobre la comunicabilidad²⁹, Benjamin al enunciar que “la memoria es el elemento de la narración” (2008, p. 33), retoma la imagen del pasado perdido y la relación con el presente:

“Rara vez se toma en cuenta que la relación ingenua del oyente con el narrador está dominada por el interés de conservar lo narrado. El punto cardinal para el

²⁵ Otro de los textos que elucida su gran interés por el fragmento (y de algún modo, su intensa preocupación por la política), es *Diario de Moscú* (1926-1927), en cuya estructura relata “los grandes y pequeños hechos” que vivencia por aquella época.

²⁶ “*Eingedenken* (rememoración) incluye el término *denken*, que connota en su significado *danken*: agradecer, y *gedächtnis*: memoria. Estaríamos ante un pensar con sentido” (Reyes Mate, 2006, p. 237)

²⁷ “Una forma de desorden productivo es el canon de la memoria involuntaria, como lo es del coleccionista. [...] Y, al contrario, la memoria voluntaria es un registro que otorga a cada objeto un concreto número de orden bajo el cual aquél desaparece”, H [5, 1] (Benjamin, 2005, p. 229)

²⁸ La referencia a la “condición revolucionaria” se repite en diversos pasajes, uno de ellos manifiesta la revolución con el “recuerdo” del pasado oprimido: “En esta estructura reconoce el signo de una interrupción mesiánica del acontecer o, dicho de otra suerte, de una *chance* revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido”. (Benjamin, 2009, p. 50).

²⁹ Textos como “El narrador”, “La tarea del traductor” dan cuenta de la relación entre el lenguaje y la narración, que problematizan la idea de los vacíos de la historia y los relatos.

oyente desprejuiciado es asegurar la posibilidad de la reproducción. La memoria es la facultad épica por excelencia” (Ibíd., p. 79).

La figura del que quiere escuchar, de la recuperación de los relatos es un elemento destacado en la teoría benjaminiana de la memoria, y es la figura del cronista donde se hace presente el relato de lo sido, detallando *los acontecimientos sin discernir entre grandes, pequeños*³⁰, ya que al poner oído, se dejan escuchar las huellas exiguas del relato. Es la vuelta a la condición aurática de la narración:

“Narrar historias siempre ha sido el arte de volver a narrarlas, y éste se pierde por que ya no se teje ni se hila mientras se les presta oído. Cuanto más olvidado de sí mismo está el que escucha tanto más profundamente se imprime en él lo escuchado” (Benjamin. 2008, p. 71).

Así, la relación de la memoria y narración, como forma de conocer el pasado³¹ alienta a cuestionar lo sido... Pero, ¿qué busca este tiempo acaecido?, ¿se puede ser capaz de enfrentar este conocimiento en el presente?. O por el contrario, ¿qué pasa si ya no hay oyentes que deseen escuchar?. Ya Benjamin, anunciaba la decadencia de la narración denunciando el paso de la oralidad a la escritura, y su consecuencia en el desplazamiento de las formas de comunicación³²; pero, a su vez, comprende que dicha transformación, del paso oral al escritural en el registro de las historias, no agota a la narración, ya que en sí misma, “tiene la facultad de desplegarse como semilla germinadora, hasta nuestros días” (Benjamin, 2008, p. 70).

³⁰ Reza la cita completa: “El cronista que detalla los acontecimientos sin discernir entre grandes, pequeños, tiene en cuenta la verdad de que nada de lo que alguna vez aconteció puede darse por perdido para la historia” (Benjamin, 2009, p. 40).

³¹ De un modo aclaratorio, Oyarzún desarrolla la idea del conocimiento histórico: “El verdadero conocimiento es el conocimiento redentor” (2009, p. 8). Es entendido entonces como un saber que en sí mismo es reivindicatorio. El sistema domina la verdad, la asegura, pero en Benjamin no es así, ya que la verdad no puede depender del método aplicado, sino de la representación que se hace de ella. Eso hace el método dominante, sustituye lo conocible a lo representable.

³² Benjamin, deleita con este gran ensayo sobre el fin de la narración y su tecnificación, que ve específicamente, en el periódico con su estructura informativa: “cada mañana nos instruye sobre novedades del orbe. Y sin embargo somos pobres en historias dignas de nota. Esto se debe a que ya no nos alcanza ningún suceso que no se imponga con explicaciones” (2008, p.107).

Por tanto, queda como invitación, recordar el pasado, lo narrado, lo lejano, pero sobretodo, la “importancia” que presenta ese recuerdo en la actualidad y en su conformación con el otro, la política y lo social.

Es visible, desde estos signos, el potencial del recuerdo como ejercicio de rememoración de lo ausente, ya que “transforma el pasado porque adopta una nueva forma, que habría podido desaparecer en el olvido; transforma el presente porque éste se revela como el cumplimiento posible de esa promesa anterior, una promesa que habría podido perderse para siempre y aún puede perderse si no se la describe, inscrita en las líneas de lo actual” (Lowy, 2003, p. 74), en tanto recuperación de la memoria que constituye el elemento revolucionario de la concepción de la historia lineal.

Por ello, la idea de perpetuar la detención³³ contiene la intención de preservar la chispa de esa ausencia. Benjamin justamente, recuerda a Marx cuando dice que “quizá las revoluciones son recursos al freno de emergencia por parte del género humano que viaja en ese tren” (2009, p. 58 y ss). Freno que articula las narraciones de la historia, desde donde se puede leer el peligro del quehacer de la historia y la imposibilidad de su historia misma, que convocan al historiador como aquel que no puede sólo remitirse a lo cuantificable de los hechos, sino que también ha de contemplar, reflexionar lo esencial de los relatos, de los grandes y de los pequeños, con la tarea de traerlos al presente; de presentizarlos como método dialéctico.

La presentización puede ser entendida como el instante que “se atribuye a aquello que ha hecho historia, y no ha sido únicamente escenario de ella (...) las traducciones no son las que prestan un servicio a la obra, como pretenden los malos traductores, sino que más bien deben a la obra su existencia. La vida del original alcanza en ellas su expansión póstuma más vasta y siempre renovada”³⁴, es decir, aquello que como fuente del pasado, aloja “la parte de comunicación que se extraiga de ella y se traduzca” ampliando su resignificación. Así tanto la

³³ La suspensión en Benjamin, es una figura muy clara en el momento de definir la imagen del pasado, ya que – según Reyes Mate– “si tenemos en cuenta las necesidades del presente en las que pensaba, comprenderemos lo lejos que abarcaba su memoria. Su tiempo era el del fascismo, el de la resignación socialista, el del totalitarismo comunista. Era un tiempo de oscuridad. La memoria proporcionada a tanta desgracia tenía que ser ambiciosa: nada podía perderse del olvido. Para hacer frente al crimen contra la humanidad que se estaba perpetrando había que convertir a la memoria en la nueva categoría del pensar” (2006, p. 252).

³⁴ Benjamin, Walter. La tarea del traductor (1923), versión online <http://www.henciclopedia.org.uy/autores/BenjaminWalter/Traductor.htm> visitada el 17 de febrero de 2016.

traducción como la tarea del historiador, o todo aquel, que pretenda rescatar el pasado, ha de comprender lo inclausurable de la historia, ya que “ninguna traducción sería posible si su aspiración suprema fuera la semejanza con el original”³⁵, ninguna inscripción ha de considerar la totalidad del acontecer, sino que abre la esperanza a la emancipación de lo escrito *en* el presente.

La articulación entre el traductor y el (verdadero) historiador, está cargada de un tinte redencional y es, en la inscripción que se vuelve decisiva la interrupción para recordar aquello que fue oprimido en el tiempo homogéneo, como lo ausente del tiempo *ahora*: “el *Jetztzeit* resume todos los momentos mesiánicos del pasado y toda la tradición de los oprimidos se concentra, como una potencia redentora, en el momento presente, el del historiador o del revolucionario” (Lowy, 2003, p. 140).

En tanto, al irrumpir el tiempo homogéneo y vacío, Benjamin está invitando –y no sólo al historiador- a renunciar a todo aquello que la cultura, la tradición y la dominación han fundado, ya que “puede considerarse como uno de los objetos metodológicos de este trabajo ofrecer demostración de un materialismo histórico que haya aniquilado en sí mismo la idea del progreso (...) Su concepto fundamental no es el progreso sino la actualización” (Benjamin, 2009 a, p. 118)

“La actualización no puede dejar intacto el pasado que se actualiza, tampoco lo puede hacer con el presente. Lo que retorna del pasado en el presente de su actualización, es justamente lo que el pasado no pudo darse a sí mismo ni saber de sí mismo, esto es, la (re)inscripción y la (re)lectura de su siempre (im)propio e inagotable porvenir” (Collingwood-Selby, 2009, p. 130-131).

En ello, yace la forma de concebir la historia, como registro de inscripción, y donde la selección compulsiva de los vestigios, provoca pensar que “el documento es una instancia de insistencia material –una inscripción-del pasado-pasado perdido- en el presente” (Collingwood-Selby, 2009, p. 66). Por ello, rescatar lo que el pasado tiene de *ahora*, se hace

³⁵ “La fidelidad y la libertad son los conceptos tradicionales que intervienen en toda discusión acerca de las traducciones (...) La fidelidad de la traducción de cada palabra aislada casi nunca puede reflejar por completo el sentido que tiene el original (...) por esta razón, la traducción, en su propósito de comunicar algo, debe prescindir en gran parte del sentido, y el original ya sólo le es indispensable en la medida en que haya liberado al traductor y a su obra del esfuerzo y de la disciplina del comunicante”. (Benjamin, La tarea del traductor versión online).

posible por medio de la actualización³⁶, es decir, la meta del presente se manifiesta en un acto revolucionario que debe – según Benjamin- “perseguir lo esencial de estos cambios, así como de las transformaciones constantes del sentido, en la subjetividad de lo nacido ulteriormente”³⁷, es decir, resignificar las traducciones del pasado, de la historia, de la memoria que justamente, dan *chance* a una nueva obra del tiempo ahora.

Reflexionar esta forma de dinamizar el pasado como ejercicio de la representación la actualización, transporta la carga explosiva que lleva consigo lo sido, como aquellos *fragmentos de una vasija rota* que intentan reconstruir el cuadro de la historia, aunque se encuentre diseminado en pedazos. Por ello,

“la primera etapa de este camino, será acoger el principio del montaje en la historia. Erigir, entonces, las grandes construcciones a partir de las más pequeñas piezas de construcción, confeccionadas de manera cortante y tajante. Y en el análisis del pequeño momento singular, descubrir el cristal del acontecer total” (Benjamin, 2009 a, p. 93).

En tanto, el relato que rodea los acontecimientos que la historia ha dejado fuera, posibilita –en cierta parte- el encuentro con el pasado, determinado por la memoria, que como actividad selectiva de la atención, irrumpe en la presente como aquello que tropieza en el devenir. Pero, es preciso tener en cuenta, que el pasado recordado aparece diferido frente a la búsqueda o la selección de su inscripción. Así, esta aparición se presenta enunciativamente con las limitaciones del lenguaje que no se ha dejado inscribir, por eso, “la tarea del historiador” se torna una tarea detectivesca, en cuya ejecución la *rememoración* ocupa la dimensión testimonial de lo ausente, donde la remoción de las capas o escombros habla de la historia. Por tanto, el acto de registrar no sólo posibilitará el acto de recordar, sino que irremediablemente, guarda silencio del pasado.

Sin embargo, bajo toda inscripción yacen huellas adheridas del acontecer “como la huella de la mano del alfarero a la superficie de la vasija de arcilla” (Benjamin, 2008, p. 71). De ello, se debe tener en consideración que en toda superficie de inscripción hay un acontecer

³⁶ “La actualización de lo inactual desarticula toda relación contemplativa y estetizante con el pasado, destruyendo, al mismo tiempo, las condiciones establecidas de su pertenencia a la tradición” (Collingwood-Selby, 2009, p. 131-132).

³⁷ Benjamin, la tarea del traductor. Versión online.

como (im)posibilidad de ser registrado-narrado-escuchado que plegado a la memoria, posibilita [otras] formas de narrar “la red de todas las historias” (Ibíd., p. 41).

1. **Inscripción: memoria y recuerdo.**

“La historia aparece sancionada como algo que se escribe, es decir, como algo esencialmente sujeto a y determinado por el régimen de la escritura: la historia es una escritura. Pero que la historia sea una escritura puede significar, por una parte, que los acontecimientos que consideramos históricos tienen desde siempre, ellos mismos, la consistencia de lo escritural; por otra parte, parece sugerir que la historia, entendida como escritura, es más bien la instancia siempre secundaria de representación de los acontecimientos que únicamente mediante el ejercicio de dicha escritura llegarán a catalogarse como históricos”.

Elizabeth Collingwood-Selby

La discusión que potencia la relación entre historia y pasado se representa en el ejercicio de la inscripción, en tanto, superficie de registro; que provoca la repetición de las ausencias, trayendo de modo fantasmal, la posibilidad de articular una historia pendiente entre el pasado y el presente, que recuerda en labor de traducir los acontecimientos a *posteriori*. Por ello, la traducción, así como la inscripción, pueden lograr revivir, repetir las acciones pasadas que irrumpen de “una forma de representación muy peculiar que apenas aparece fuera del ámbito de la vida idiomática”. (Benjamin, 1923).

En la representación de los registros, así como en la traducibilidad de los acontecimientos, surge la problematización de lo conocido de la historia. Donde la escritura advierte el carácter de existencia de una alteridad silenciada, de cuya naturaleza alejada, surge la pregunta ¿se hace acontecimiento porque se escribe o se escribe porque hay acontecimiento?. La respuesta es una tentación a la clausura de la pregunta misma, no

obstante, se propone pensar la escritura que como huella de lo ausente, posibilita tanto el retorno, como también el olvido de su inscripción.

Por ello, considerar el registro como representación material, en tanto acumulación del devenir de la historia, será el referente de un pasado que proviene de la aparición y desaparición de lo sido. Es así, que la inscripción, será comprendida como la manifestación del acontecimiento tanto en lo escrito, como en lo no escrito, que en muchos casos, es utilizada como fuente de la historia, por tanto, será por medio de la tarea benjaminiana de “leer la historia a contrapelo”, donde posibilita la interrogación a dichas inscripciones, que en tanto tarea, atiende la recuperación de lo ausente, de aquello que no fue registro, ya que

“... estas inscripciones son constitutivas, determinantes y sin embargo, al mismo tiempo, impropias: configuran y determinan el acontecimiento en la medida en que sin ellas no puede haber acontecimiento, pero al mismo tiempo, ninguna inscripción del acontecimiento histórico puede ser, sin más, su propia inscripción”. (Collingwood-Selby. 2008, p. 49).

Es, entonces, la inscripción el *medio* condicionante de la recepción del pasado en el presente. De ello, a modo de montaje, ésta categoría material abre las posibilidades discursivas del pasado y a su vez, la problematización de la memoria, la reflexión y la actualización del pasado por medio de soportes, ya que hay una

“(...) estrecha relación que ha existido siempre entre la configuración de los discursos históricos y las formas de recepción y valoración de los restos materiales del pasado que insisten aún, y de modos diversos, en el presente” (Collingwood-Selby, 2009, p. 66).

Rancière en su texto *Los nombres de la historia*, presenta la relación de la escritura y el conocer de la historia, aludiendo a su condición de transmisión, en tanto inscripción y discursos que conforman el *corpus* de la disciplina histórica: “la edad de la historia como aquella en que los historiadores inventaron un dispositivo conceptual y narrativo capaz de neutralizar los excesos de la palabra” (Rancière, 1993, p. 88.).

Por tanto, dichas formas de recepciones de los registros estructuran necesariamente tensión entre lo existente y aquello invisibilizado, para –de algún modo–

disputar la presentización del pretérito; debate que desde lo ausente, a modo benjaminiano, emerge como

“grandes espacios históricos de tiempo (que) se modifican, junto con toda la existencia de las colectividades humanas, el modo y manera de su percepción sensorial. Dichos modo y manera en que esa percepción se organiza, el medio en el que acontecen, están condicionados no sólo natural, sino históricamente” (Benjamin, 1989a: 23)

Es así que tanto las épocas como las superficies, transforman la capacidad receptiva de los registros, en tanto documento recepcionado. Uno de los trabajos que emplaza esta idea es Déotte, que en su texto *Catástrofe y olvido* manifiesta “que no hay acontecimiento sin superficie de inscripción” (citando a Lacan):

“No hay acontecimiento sin superficie de inscripción. La nación, sus teatros de memoria, su historiografía, sus museos, sus escuelas, constituyen esa superficie de inscripción. Superficie de inscripción cuyo estado de lugar se realiza en el *après-coup*” (...) “puesto que no es repetible y autenticable a partir de la huella, no es un acontecimiento. Y sin embargo, ello ocurrió: una ruina de acontecimiento” (1998, p. 23 y ss).

Entonces, con dichas afirmaciones, donde “todo acontecimiento se manifiesta bajo una inscripción” se presenta como la totalización del pretérito, pero a la vez como presencia de una ausencia inscrita; por ello, repensar esta inscripción como “presencia de una ausencia”, es necesario, pensar el no-lugar-de-la-inscripción, en tanto falta de aquello que no se dejó registrar³⁸. Así, la inscripción es la presencia del recuerdo como manifestación de lo acontecido.

³⁸ “La inscripción produce en definitiva condiciones críticas sobre la temporalidad, generando nuevas posibilidades de sensibilidad para la “aparición”. La inscripción deja una huella sobre la cual se puede re-pensar (...), ahí donde el devenir de un acontecimiento se fricciona con los bordes que intentan obturar lo visible. La inscripción es un asunto que actúa no sólo haciendo época, sino que como una resistencia a la invisibilización y la desaparición ejercida desde el control de la circulación”. Pradenas, Rudy (2013). Sobre arte y circulación en la época del consenso. Recuperado el 20 marzo de 2014 de <http://www.escriturasaneconomicas.cl/sobre-arte-y-circulacion-en-la-epoca-del-consenso>

Entonces, el ámbito del recuerdo, en esta propuesta, es la interrelación entre el pensar, la materialidad y la conceptualización sugerida desde el lugar del psicoanálisis. A través de la bibliografía de Sigmund Freud, y desde uno de los textos que describe el funcionamiento de la memoria, *El block maravilloso*, el cual precisamente se manifiesta como superficie de inscripción, como ejercicio de huella *mnémica*³⁹, este *block* traduce la inquietante operatividad de la memoria como dispositivo inscriptivo.

Freud, intentando representar esta facultad, recurre a soportes que se logran acercar a la labor de la memoria. De forma inicial, recurre al *papel*, que de manera parcial, considera o define como una superficie permanente pero agotable. Continúa con la prueba, para proponer la *pizarra* que, conteniendo una capacidad imperdurable de inscripción, mantiene una superficie ilimitada. “Así pues, en los dispositivos con los cuales sustituimos la memoria, parecen excluirse, entre sí, la capacidad receptora ilimitada y la conservación de huellas permanentes; hemos de renovar la superficie receptora o destruir las anotaciones”. (Freud, 2003, p. 2808).

Freud describe como el *modus operandi*, de su acercamiento más productivo frente al funcionamiento de la memoria, cuando

“se escribe sobre la capa de celuloide de la hoja que cubre la lámina de cera. Para ello no se emplea lápiz ni tiza, sino, como en la antigüedad, un estilo o punzón. Pero en el *block*, el estilo no graba directamente la escritura sobre la lámina de cera, sino por mediación de la hoja que la recubre, adhiriendo a la primera, en los puntos sobre los que ejerce presión, la cara interna del papel encerado, y los trazos así marcados se hacen visibles en un color más oscuro, en la superficie grisácea del celuloide. Cuando luego se quiere borrar lo escrito basta separar ligeramente de lámina de cera la hoja superior, cuyo borde inferior queda libre. El contacto establecido por la presión del estilo entre el papel encerado y la lámina de cera, contacto al que se debía la visibilidad de lo escrito, queda así destruido, sin que se

³⁹ “El *block* maravilloso es una lámina de resina o cera de color oscuro, encuadrada en un marco de papel y sobre la cual va una fina hoja transparente, sujeta en su borde superior y suelta en el inferior. Esta hoja es la parte más interesante de todo el aparato. Se compone, a su vez, de dos capas separables, salvo en los bordes transversales. La capa superior es una lámina transparente de celuloide, y la inferior, un papel encerado muy delgado y traslucido. Cuando el aparato no es empleado, la superficie interna del papel encerado permanece ligeramente adherida a la cara superior de la lámina de cera”. (Freud, 2003, p. 2809).

establezca de nuevo al volver a tocarse ambos, y el *block* aparece otra vez limpio y dispuesto a acoger nuevas anotaciones” (Freud, 2003, p. 2809).

Esta descripción sobre el funcionamiento del aparato psíquico, comprendida como superficie de inscripción, manifiesta aquello que ocurre en las huellas mnémicas, en tanto materialidad de las marcas subsiste física y de manera administrable, intentando representar la totalidad de la memoria, pero no sólo como ejercicio de inscripción, sino, como fuente inagotable de registro, que como condición de la memoria se encuentra constituida de lo presente como lo ausente, del recuerdo como del olvido. Nace en ello, la problemática de la inscripción: aparición y desaparición infinita, “*mientras una mano escribe, hay otra que levanta periódicamente la cubierta*”⁴⁰.

La inscripción y la borradura, emplazan fragmentos difíciles de hallar, tanto en la inscripción como en el aparato psíquico. Así, lo perdido, lo olvidado no sólo manifiesta la condición del aparato psíquico, sino, también los registros de la historia. Por lo que, en toda inscripción de cada acontecer, quedará inscrita como “una débil fuerza mesiánica, sobre la cual el pasado reclama derecho” (Benjamin, 2009, p. 40)⁴¹.

⁴⁰ Del trabajo sobre *Las formas de olvido* de Marc Auge, citó: “La memoria y el olvido guardan en cierto modo la misma relación que la vida y la muerte (...) Empecemos por reflexionar sobre las propias palabras. El diccionario *Littré* define el olvido como la pérdida del recuerdo. Esta definición es menos evidente de lo que parece, o más sutil: lo que olvidamos no es la cosa en sí, los acontecimientos “puros y simples” tal y como han transcurrido, sino el recuerdo. ¿Qué significa realmente recuerdo? Siempre según el *Littré* (es útil recurrir al diccionario pues recopila las trampas de pensamientos), el recuerdo es una «impresión»: la impresión «que permanece en la memoria». Y la impresión se define como «... el efecto que los objetos exteriores provocan en los órganos de los sentidos». Según esta definición, lo que olvidamos es ya un acontecimiento tratado, en cierto modo un fragmento de materia; interna no una exterioridad absoluta, independiente, sino el producto de un primer tratamiento (la impresión) del cual el olvido no sea tal vez otra cosa que la continuación natural. No lo olvidamos todo, evidentemente. Pero tampoco lo recordamos todo. Recordar u olvidar es hacer una labor de jardinero, seleccionar, podar”. (1998), p. 19-22 y ss. Editorial Gedisa.

⁴¹ “...la condición para entender este concepto, que es indiscerniblemente dual, consiste en atender a que la fuerza en cuestión concierne al pasado. Pero esto no basta. Una fuerza puede relacionarse con el pasado de muchos modos. Es el modo de esta relación lo que importa. Para distinguir el que conviene a la ‘débil fuerza’ lo más indicado parece ser contrastarla con el tipo de fuerza al cual implícitamente se opone aquélla. Hablar de una ‘débil fuerza’ invita de suyo a considerar la noción de una ‘fuerza fuerte’. Podemos suponer a ambas aplicándose al pasado ¿Qué las distingue? ¿cómo opera una fuerza fuerte? con respecto al pasado? Lo trae al presente. Este traer puede revestir formas muy diversas, de las cuales la tradición es la más general. En este tipo de relación late la voluntad de no admitir la simple preterición de lo sido, pero también una selectividad que acoge de lo pretérito precisamente aquello en que la fuerza del presente puede y quiere reconocerse. La ‘fuerza fuerte’ proyecta el presente al pasado como un haz de luz que solo destaca los perfiles que corresponden a los rasgos de dicho presente. En la medida en que trae a presencia el pasado de este modo, una ‘fuerza fuerte’ es una fuerza presente,

Entonces, no basta sólo con inscribir el pasado, sino que es necesario *escuchar, accionar el freno y actualizar* las voces en el presente, en cada instante. Donde, las trazas de lo sido y las borraduras estarán presente, como el advenimiento de la alteridad. Así, la (im)posibilidad de recordar, yace inscrita la comunicabilidad de sus signos, de sus restos: marca, lengua como legado de lo que acontecido, de aquel material explosivo que lleva consigo la huella de aquello “pendiente”, palabras de ausencia, palabras de memoria⁴².

Es ahí, donde “el acontecimiento toma un lugar evidente y regular en un discurso que difícilmente puede cuestionar las modalidades de su elección, y con la selección de tales acontecimientos, ha dejado a otros de lado. Así puede construirse una fuente de amnesia”. (Farge, 2008, p. 19).

Por ello, lo que se encuentra bajo la forma de registro de lo sido, puede ser leído como síntoma de repetición de aquello ausente, en tanto que reitera el acontecimiento en su inscripción, que siendo acto pasado se presenta y compone de pequeños/grandes relatos, que manifiestan la transformación de sentido en sus condiciones de (re)producción. En tanto, dicha repetición interpela la unicidad del acontecer que se hace presente como un pasado irrepetible, que –a modo de cercanía-, en el acto de actualización, su registro puede ser traducido como *el presente que recuerda*⁴³.

Así, la inscripción de la historia y la narración de ésta, nace sentada en la distancia de tiempo, de comprensión, en tanto que, registro de aquel estruendo del tiempo fracturado “a modo de relámpago”, deja su huella en el relato de la historia,

y es el presente de la fuerza (...) En cambio, la ‘fuerza débil’ es aquella que acepta el pasado en cuanto pasado. Su simultánea debilidad y fuerza estriba en esta aceptación: acoge lo pasado del pasado, lo recibe (y conforme a esta receptividad es ‘débil’), y a la vez resiste su inversión (su capitalización) en presente (y en esa medida es ‘fuerza’). Resistir esa inversión es resistir a la ‘fuerza fuerte’, aquella que precisamente domina (en) el presente. Pero no sólo es fuerte porque resista a la ‘fuerza fuerte’, no lo es solo de manera (o)posicional, sino que lo es ante todo porque afirma (en el sentido de la aceptación) el pasado como pasado” Oyarzun, 2009, p. 24 y ss.

⁴² “Lenguaje no sólo significa comunicación de lo comunicable, sino que constituye a la vez el símbolo de lo incommunicable. Lenguaje no sólo significa comunicación de lo comunicable, sino que constituye a la vez el símbolo de lo incommunicable. El aspecto simbólico del lenguaje tiene que ver con su relación con el signo aunque se extiende también, de cierta manera, sobre nombre y juicio”. (Benjamin, 2001 a, p. 74).

⁴³ Leer en esta inscripción y recepción, su contrapelo de las categorías de producción (en cuanto condición de inscripción, materialización -el soporte-, los cánones burgueses, culturales y el progreso), donde el pasado se ha de encontrar sujeto a la recepción de las masas y a la construcción como elemento redentor; pero antes ha de ser necesariamente revolucionario. El gesto de desaturización debe considerar, la desafección de la canonización de su producción. Benjamin desarrolla el análisis del arte y la técnica en su texto *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*.

“pues de hecho, no es el talante del historiador el que nos sale al paso en estas frases, sino el del cronista. El historiador se atiene a la historia universal (*weltgeschichte*), el cronista al curso del mundo (*weltlauf*). Uno tiene que ver con la red del acontecer, inmensamente anudada según causas y efectos –y todo lo que estudió o de lo que se enteró es en esta red sólo un minúsculo punto de nudo; el otro [tiene que ver] con el acontecer pequeño, estrechamente limitado de su ciudad o su paisaje –pero esto no es para él una fracción o elemento de lo universal, sino algo distinto y más. Pues el verdadero cronista con su crónica, le escribe al curso del mundo” (Benjamin, 2008, p. 114).

En este sentido, la lengua del cronista y las letras del historiador frente a la huella del pasado, se presentan como evidencia de la falta de ese otro ausente. Desde este lugar, la imagen de la historia, se manifiesta en la *rememoración* de los ausentes –de lo silenciado, de lo no inscrito-. Por ello, y a contrapelo, se logran oír las voces de lo ausente, donde se evidenciará como emergencia del pasado en la actualidad que advertirá la reflexión como el pasado que yace en el presente.

Bajo el título de *La escritura de la historia*, Michel de Certeau, detalla que “la historia y la escritura llevan inscrita en su nombre propio la paradoja –casi el oxímoron- de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso” (Certeau, 1980, p. 13), así como la escritura de la historia (como ficción dogmatizante del discurso historiográfico), es más bien, una cuestión de “lugar social”, es una relación con la alteridad, “la muerte”, “la ausencia de discurso”, que para representar esta correlación, utiliza el concepto de *heterologías*. El autor, expone que la construcción de la historia, ha de ser considerada como una práctica histórica, que deambula de la interpretación a lo social, lo que se convierte en la historia del Otro, en tanto lenguaje-cuerpo (Certeau, 1980, p. 81), que desde cierto ángulo benjaminiano, representa la historia inscrita, pero leída como ruina, cadavérica: “los muertos de los que habla se convierten en vocabulario de un trabajo a comenzar” (ibíd., p. 118), cuya configuración es la interrogación al registro de la historia.

Entonces, la tarea del historiador tendría en sí un prisma profano, es decir, la escritura de la historia como un *pharmakon* que recuerda y olvida, que ha de ser leído como una “tumba de doble sentido” donde en cada acontecer se hayan fragmentos perdidos. Pero

justamente, es en esta pérdida, en tanto márgenes de la inscripción, donde se encuentra la posibilidad de ser recuperado. En esto Benjamin ve la fuerza de las generaciones pasadas, en el halo de recuperar aquello perdido donde lo pendiente se traduce como la justicia de las voces ausentes, en tanto que,

“(…) ‘los derrotados no deben ser olvidados’ esa es la sentencia que enmarca a la remembranza en la teología judía. Ésta es ‘la débil fuerza mesiánica que se nos ha concedido’, pero que inversamente, es la débil latencia de la historia que hoy ocupa la consciencia histórica como fuerza para el recordar” (Lowy, 2003, p.128)

Escribir “toda” la historia, es por tanto una tarea inabarcable, así como lo es “recordar todo”, por ello ¿Qué pasado hemos de recuperar?, ¿Qué historia inscribe el pasado trunco? Cuestión que invita a reconsiderar la relación entre pasado y presente, que como tópica temporal, se centra entre el recuerdo y el olvido.

Así pues, el pasado está supeditado a las trazas de su momento, por ello, la problemática por el conocer se evidencia como peligro, como “...un *recuerdo*, tal como [éste] relampaguea en un instante de peligro”. (Benjamin, 2009, p. 41), instante que anuncia una historia pendiente, que sobreviene por medio de la presencia del recuerdo, ya que *cada momento que no se reconozca en ella*, peligra en desaparecer.

Por consiguiente, tanto el pasado como la memoria se trastocan en el enigma del olvido⁴⁴, pues

“si se quiere considerar la historia como un texto: [en que] el pasado ha depositado en ellos imágenes que se podría comparar a las que son fijadas por una placa fotosensible. [Así] sólo el futuro tiene reveladores a su disposición que son lo bastante fuertes como para hacer que la imagen salga a la luz con todos los detalles” (Benjamin, 2009, p.67).

Así, la fuerza reveladora se anuncia desde el futuro, cuya inscripción construye y a la vez, borra el pasado, un motivo de “debilidad” que traza entre sus líneas la *rememoración* de lo ausente. Por ello,

⁴⁴ Considerar la laboriosa obra de borgueana de recordar todo, en “Funes el memorioso”, como el malestar de la memoria y el saber del olvido, donde recuerdo y olvido constituyen el cuerpo inseparable de la memoria.

“nada de lo que haya acontecido se ha de dar para la historia por perdido. Por supuesto que sólo a la humanidad redimida le incumbe enteramente su pasado. Cosa que significa que sólo para esa humanidad redimida se ha hecho citable su pasado en todos y cada uno de sus momentos. Y es que cada uno de sus instantes vividos se convierte en una *citation à l'ordre du jour*". (Reyes Mate, 2006, p. 81).

Entonces, el encuentro entre narración y memoria se entiende como una praxis social a la que va asociado un talante ético: el talante de interrogar y (re)construir aquello que sobrevive a la catástrofe de lo inscrito y de lo silenciado. *Rememorar* es pensar “lo sido” desde los márgenes y las ruinas: mover, excavar, escuchar los grandes o pequeños relatos se acercan a la tarea de la historia, en tanto que,

“Quien intenta acercarse a su propio pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava (...) capas que sólo después de una investigación minuciosa dan a luz lo que hace que la excavación valga la pena, es decir, las imágenes que, arrancadas de todos sus contextos anteriores, aparecen como objetos de valor en los aposentos sobrios de nuestra comprensión tardía” (Benjamin, 2013, p. 118 y ss).

Así, el sujeto que recupera y remueve los escombros ha de estar representado por el cronista, el lumpen, el estropajo, el otro. Por ello, en esta tarea, la memoria no puede ser considerada como el complemento de la historia, ya que para conocer el pasado y “recuperar a los muertos”, no se puede tomar una posición dogmática por la historia o por la memoria; sino, que, bajo la consideración de la figura de la alteridad como relación contrapuesta a la historicidad. Ahí radica la crítica de Benjamin a la disciplina y a lo paradigmático que oficializa “la” memoria, en tanto linealidad temporal y escrita⁴⁵, contraponiendo

⁴⁵ Los documentos históricos han de estar matizados por la memoria y el olvido. De tal manera que el discurso se componga de lo material como de lo inmaterial, las posibilidades del encuentro entre lo ausente y lo presente, es la producción –en sentido ceriteauciano- como tarea del historiador: “El hacer historia se apoya en un poder político que crea un lugar propio (ciudad, nación) donde un *querer* puede y debe escribir (construir) un sistema (...) Sin embargo, por una especie de *ficción* el historiador se ha colocado en este lugar. De hecho no es el sujeto de la operación de la que es el técnico. No hace *la* historia, lo único que puede hacer es *una* historia”. De Certeau, La escritura de la historia. Pág. 20 y ss.

consideraciones desde el materialismo histórico⁴⁶, donde –precisamente- debe reflexionar el historiador.

“Los documentos históricos han de estar matizados por la memoria y el olvido. De tal manera que el discurso se componga de lo material como de lo inmaterial, las posibilidades del encuentro entre lo ausente y lo presente, es la producción –en sentido cereteauiano- como tarea del historiador: ‘El hacer historia se apoya en un poder político que crea un lugar propio (ciudad, nación) donde un *querer* puede y debe escribir (construir) un sistema (...) Sin embargo, por una especie de *ficción* el historiador se ha colocado en este lugar. De hecho no es el sujeto de la operación de la que es el técnico. No hace *la* historia, lo único que puede hacer es *una* historia’”.(Certeau, 1993, p. 20 y ss.)

Desde este punto, la idea que debe comenzar a rondar, es la tónica de la restitución. Cuestión que remite a la necesidad de articular, no sólo la problemática de historia y memoria, sino que, provoca repensar el lugar de memoria en la historia y como el olvido se constituye en ella dando motivo de *fuerza* para traducir el silencio de las voces ausentes.

2. **Historia: recuerdo y olvido**

“Nunca nos es posible recobrar por completo lo que hemos olvidado. Y quizá que eso sea bueno. Pues el *shock* sufrido al recobrarlo sería tan destructivo que al instante dejaríamos de comprender nuestra fuerte nostalgia. Así la comprendemos, al contrario, y eso tanto mejor cuanto más sumergido lo olvidado yace aún en nosotros. Como la

⁴⁶“Sobre la doctrina de los elementos del materialismo histórico. 1) Objeto de la historia es aquél a propósito del cual el conocimiento es realizado como rescate. 2) la historia se descompone (*zerfall*) en imágenes. No en historias. 3) Donde se cumple un proceso dialéctico, tenemos que hacer con una mónada. 4) la exposición materialista de la historia conlleva una crítica inmanente al concepto de progreso. 5) el materialismo histórico apoya su proceder en la experiencia, el sano entendimiento humano, la presencia de espíritu y la dialéctica.” W. Benjamin, Convoluto [N 11, 4], en DS, p. 151

palabra perdida que sólo hace un momento todavía estaba en nuestros labios”.

Walter Benjamin.

Pensar el pasado y la memoria como lo pendiente y enigmático, es –a modo benjaminiano- la apertura a una nueva acción, a una mirada a contrapelo de la historia, y otras de constituir la memoria. Una de las problemáticas de la inscripción, es justamente la instalación de ambas estructuras: recuerdo y olvido en la historia⁴⁷.

La memoria entendida como el elemento que teniendo “lugar”, posibilita y encausa la interrupción de la historia, que bajo la mirada benjaminiana se asemeja al tiempo de la revolución que –como anuncia Benjamin en la tesis XV-, no es el tiempo conocido de los relojes, sino el de la “remembranza”, es el tiempo de la interrupción como acto redentor. Así, “el sujeto del conocimiento histórico es la misma clase oprimida que lucha (...) que lleva a su fin la obra de la liberación en nombre de las generaciones de los derrotados (...) redentora de generaciones futuras” (Benjamin, 2009, p. 47).

Por ello, “recordar” no puede ser pensado sólo como una suerte de lugar de la historia, sino bajo una temporalidad agitadora, quebrando la lógica progresiva del historicismo, en donde, el elemento de resistencia es traducido como rememoración:

“Se sabe que a los judíos les estaba vedado investigar el futuro. En cambio, la Thora y la oración los instruyen en la remembranza. Esta les desencantaba el futuro, al que sucumben aquellos que buscan información en los adivinos. Pero no por ello el futuro se les volvía un tiempo homogéneo y vacío a los judíos. Pues en él cada segundo era la pequeña puerta por donde podía entrar el Mesías” (Benjamin, 2009, apéndice A. p. 53).

⁴⁷ Isabel Piper en su texto introductorio ¿Olvidar o recordar?, enuncia la dicotomía de la memoria y el olvido en sociedades violentadas y donde el análisis de la memoria comparece como la construcción de la memoria en tanto acción social y la denuncia del olvido como formas de resistencias (subjetivas) frente a la dominación y la imposición de la administración. Ver más en “Memoria y derechos humanos: ¿Prácticas de dominación o resistencia?” (2005).

En tanto, la idea mesiánica de la historia, se instalará como posibilitadora de una *chance* para la inscripción histórica: “Ir al origen es hacerse eco de las exigencias de esperanza o de justicia de un pasado frustrado y que habitualmente se da por clausurado, es decir, por perdido” (Reyes Mate, 2006, p. 229).

Así, el acto de recordar es un acto de justicia, porque ya no basta con inscribir el pasado y volverlo objeto de colección sacro y banal, sino que es necesario recuperarlo, retomarlo, dándole sentido en su evocación como acto consciente de lo ausente y de aquello que aún yace entre escombros para ser escuchado. Así como en el ejercicio del psicoanálisis, han de haber fragmentos difíciles de hallar, (pero que mantienen y subsisten huellas del acontecer), el pasado, ha de mantenerse como aquel “recuerdo reprimido” de la historia. Donde dichos recuerdos se desplazan en un *lugar* de peligro, que a su vez, posibilitan el pensar una *contrahistoria-contramemoria* de lo ausente.

Y es preciso, detener la condición fundacional de la historia institucionalizada que bajo tópicos institucionalizados, estructuran un relato histórico oficial, en tanto, que se ha heredado una inscripción en cuyas señas, se orientan a la objetividad de *una* historia que justifica su quehacer como legisladora del saber, del orden y de lo acontecido.

Así, la historia es presentada como una mitificación de hechos, bajo el prócer “conocer/objetivo”, que arbitra la historia desde la historicidad, desde la normativa de la verdad y homogeneidad del saber. Esta crítica⁴⁸, es quizás el enfrentamiento facultada por medio de la tarea del historiador, ya que será aquel historiador que crítico de la teoría de la historia (*benjaminiana*) repasará los relatos desde el recordar, el pensar y el conocer⁴⁹. Ahora, cabe preguntar si ¿es posible “pensar” una historia objetiva, neutra? o bien, si ¿por medio de la memoria se puede recuperar lo ausente, lo silenciado de la historia?.

⁴⁸ Es probable, que Benjamin haya entendido –frente a la época- que la radicalidad era la única salida a la dominación y que la consciencia por los hechos acontecidos en el pasado era el despertar de las masas: “Nada hay que haya corrompido tanto a la clase trabajadora alemana como la opinión de que ella nadaba a favor de la corriente” [Tesis XI], (2009, p. 45). Podemos considerar el pacto de no agresión entre el partido comunista alemán (KPD) con el régimen del Tercer Reich en 1939, como “la traición [que] designa no sólo el acuerdo entre Molotov y Von Ribbentrop, sino también su legitimación por los partidos comunistas que adoptaron la “línea soviética” (Lowy, 2003, p. 113). Y para esta crítica, el triunfo del “otro lado” de la historia no es el recurso al que estaría apelando el autor, sino a la radicalidad de la crítica a la concepción de la historia tradicional.

⁴⁹ “En la medida en que (...) las diversas épocas del pasado son afectadas en grados completamente diversos por el presente del historiador (a menudo el pasado más reciente no es afectado por él; el presente “no le hace justicia”), una continuidad de la historia es irrealizable” [N7 a, 2] (Benjamin, 2009 a, p. 108)

Historia y memoria han de mediar conflictivamente con el pasado, dando materiales a la oficialidad, pero contraponiéndose a la multiplicidad de cifras que constituyen la comprensión y el conocer de *la* historia. Por ello, la desconfianza de leer la historia institucionalizada, no sólo se avisa en detener la historia del progreso⁵⁰, sino en la historia de los silenciados. Sin embargo, no es la memoria la raíz de la historia, sino, aquello que bajo el signo de la inscripción determinada en manuales que –hablando de ella-, dicen lo que se recuerda y lo que se olvida, un registro de ruinas, de restos que conforman posibilidad de emergencia del pensar.

Por tanto, la administración de la memoria⁵¹, es en sí, la problemática de la historia y de la inscripción, ya que en dicha aparición se transmite la visión “objetiva” de los hechos, por ello, la consciencia de conocer el pasado o de mantener para el futuro un registro de la memoria, es una elaboración más compleja que las inscripciones de un tiempo homogéneo, donde confluyen los recuerdos, la justicia y las políticas de la memoria. Así, en letras benjaminianas, hoy

“quien quiera que haya obtenido la victoria, marcha en el cortejo triunfal que lleva a los dominadores sobre los vencidos que hoy yacen en el suelo. El botín, como siempre ha sido usual, es arrastrado en el cortejo. Se lo designa como patrimonio cultural, una procedencia en la que no pueda pensar sin espanto. No sólo debe su existencia a los grandes genios que lo han creado, sino también al vasallaje anónimo. *No existe un documento de la cultura que no lo sea a la vez de la barbarie*”. (Benjamin, 2009, p. 43).

Por ello, la memoria, el recuerdo de lo vencido, confirma esta advertencia, es decir, la historia no debe conformarse sólo con inscribir o recordar, sino también con el ámbito jurídico que implica el recordar, donde luchas grandes y pequeñas transforman la evocación en

⁵⁰ “La representación de un progreso del género humano en la historia, no puede ser disociada de la representación de su marcha recorriendo un tiempo homogéneo y vacío. La crítica a la representación de esta marcha tiene que constituir la base de la crítica a la representación del progreso en absoluto”. Benjamin, 2009, p. 48.

⁵¹ “Hay tres relaciones habituales entre una y otra –historia y memoria-. En primer lugar, los historiadores pueden utilizar la memoria como una fuente. Segundo, la historia puede actuar de correctivo de la memoria, cuando los historiadores someten los recuerdos a un análisis crítico. Y tercero, los historiadores pueden hacer una historia de la memoria, convertir a ésta en el objeto de su investigación” (Farge, 2008, p. 25).

“conocimiento histórico [que] puede ser representado en la imagen de una balanza que se mantiene en equilibrio, y uno de cuyos platillos está cargado con lo sido, y el otro con el conocimiento del presente” (Benjamin, 2009 a, p.105). Así, se conforma la detención de la historia como la acción jurídica de la memoria.

No obstante, la instancia de (r)escritura en la historia posibilita las fisuras para recuperar lo silenciado de la historia, es decir, responde, analógicamente, a la tarea del traductor, que por medio de las grietas, las fisuras, los traumas, dilucida que algo estuvo ahí, como manifestación de algo que aún subsiste a la borradura.

Desde el trabajo sobre “*el narrador*”, el autor escribe la idea de la incomunicación que ha dejado la catástrofe⁵². Catástrofe invalidante de narrar las experiencias, en tanto, es la misma facultad que lleva consigo la inscripción y la posibilidad de su preservación, ya que la amenaza del olvido es latente en su escritura, como lo ha sido la historia o narración oficial instruye a la borradura de los otros: relatos, testigos, memorias.

En Chile, por ejemplo, algunos de los historiadores de mediados de los años 1980, tomaron partido por un estilo de escritura historicista⁵³. Este proceso inscriptivo, impuso en parte de los libros y textos de enseñanza de la historia, la expresión “pronunciamiento militar”, como epíteto de avance y progreso, borrando el horror y la barbarie de la época⁵⁴.

⁵² La catástrofe que mira Benjamin –considerando lo que vio de su época- como historia, no ha sido más que hechos catastróficos, que “*lo que a nosotros nos parece como una cadena de acontecimientos, él ve una sola catástrofe*”, la barbarie de la humanidad, como el tiempo vacío-homogéneo al que se debe interrumpir.

⁵³ Durante la época dictatorial, historiadores como Mario Góngora (*Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, 1981), Gonzalo Vial (*Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile*, 1973) argumentaban a favor de la inevitabilidad del golpe, y donde, este último, considerado como el “bastión” de la historiografía nacional-conservador, retrato su mirada a través de los programas de estudio, “argumentando que el Estado no debería sostener tesis historiográficas, pues de lo contrario produciría nefastas consecuencias en la formación de los estudiantes y la labor de los docentes, por cuanto los induciría a abordar los hechos no desde la objetividad, sino desde una particular visión ideológica instalada como historia oficial”. Reyes (2013, 08, p. 44).

⁵⁴ La mención hace referencia al trabajo del historiador Gonzalo Vial en torno a la *oficialidad de la historia*, que se pretendió instalar cuando en 1990, intervino en la denominada “Comisión de Verdad y Reconciliación” que tenía como eje de discusión: dar claridad a los hechos acontecidos, el destino de los desaparecidos y finalmente, “encontrar la reconciliación entre los chilenos”. Acto seguido, se intenta contener este momento de la historia bajo la consigna de la reparación: “La creación de la Comisión de Verdad y Reconciliación, cuyo resultado fue el conocido Informe *Rettig* presentado al presidente Patricio Aylwin en 1991, pretendía establecer una verdad compartida y definitiva sobre las violaciones a los Derechos Humanos. Para ello encargó al historiador Gonzalo Vial la contextualización histórica que explicará los hechos ocurridos. Sin embargo, esta primera versión oficial y “objetiva” acerca de lo ocurrido el 11 de septiembre de 1973, se realizó sin mencionar el término ‘Golpe de Estado’”. (Reyes J., 2013, p. 40) que justamente proporcionaron textos “escolares” y que por medio de este silenciamiento, intentaron dar oficialidad a los acontecimientos –como fuente inscriptiva-, para las generaciones

“(…) el olvido activo precede a toda memoria. Este olvido, ontológicamente primero, no es obra del tiempo. Por el contrario, lo condiciona. Este olvido originario es el que permite la inscripción que el tiempo se encargará de confirmar o de borrar. La diferencia no es muy distante respecto de la cura psicoanalítica, en que el analizante inscribe acontecimientos que le han ocurrido, pero que hasta ese momento no había podido inscribir y tomar a cargo, dejando que los afectos desligados atribularan penosamente su existencia. Se trataría, entonces, de proseguir el trabajo de los historiadores de lugares de memoria, que muestran que estos lugares han sido fabricados –pieza por pieza, en todos los sentidos que puede tener el término fábrica–; esto es, que la memoria es un asunto de artificio, y por lo tanto, necesariamente, de olvido; que presupone siempre el olvido” (Déotte, 1998, p. 30).

La memoria, entonces, si bien se compone de relatos; su temporalidad no fija una verdad, ella pertenece más al ámbito del devenir que al de conocer, así se presenta en espacios monádicos, donde el recuerdo y el olvido deambulan entre individualidad, azar y colectividad⁵⁵.

Posiblemente esta dualidad de recuerdo y olvido, de cuyas formas habitan experiencias extrageneracionales transforman el eje de la narración, del pasado en urgente, como una forma de resistencia, en tanto carácter social, que en cuyos pequeños relatos, recuerdos, articulan el campo de la contrahistoria, como acto político-social de las memorias, para hablar de la historia.

“Están el cómo y el cuándo se recuerda y se olvida. El pasado que se rememora y se olvida es activado en un presente y en función de expectativas futuras. Tanto en

futuras. Pero cuya reacción, a esta clausura de la historia y sus hechos, se vio fuertemente criticada y cuestionada en el texto provocado por la detención de Pinochet en Londres y “su carta a los chilenos” de 1998, *Manifiesto de los historiadores* (1999), donde once historiadores contrastan y responden a la historia conservadora, “acomodada y manipulada” que pretendía con estos actos -así como la publicación de Vial en el diario La Segunda- justificar el accionar militar del 11 de septiembre de 1973.

⁵⁵ Desde el boom que fecundó las diversas teorías de la memoria, en tanto, construcción de memorias desde lo individual a lo social, a lo colectivo, se ha desplazado el debate de “la memoria”, ya no desde la comprensión testimonial de una fuente, sino, se ha transformado en una “batalla de las memorias”, donde la problemática se transforma en “quienes recuerdan” y no precisamente en “que se recuerda”, precisamente, abriendo el campo de discusión, donde se articulan las memorias colectivizadas.

términos de la propia dinámica individual como de la interacción social más cercana y de los procesos más generales o macrosociales, parecería que hay momentos o coyunturas de activación de ciertas memorias, y otros de silencios o aún de olvidos” (Jelin, 2002, p.18).

Asimismo, es la memoria una conviviente de la sensibilidad y el enigma, una *memorie involuntarie* que arrastra un pasado con pedazos de lo ausente. Por ello, la complejidad de positivizar la memoria como portadora de verdad en la historia, es fugaz, ya que manifestaría en sí, la función instrumentalizadora de un saber del pasado, tal como el historicista lo presentiza predominantemente progresista.

Por ello, abordar la memoria como fuente objetiva y verdadera, retorna al mismo fracaso que ha venido siendo la historia y sus márgenes. Así, la historia sabe menos de ella, que nosotros.

III. Memoria de las imágenes, (re)pensar la interrupción.

“(…) la imagen debe entenderse históricamente y, también, con su sugerencia más radical de que la historia debe ser concebida visualmente (…) el tiempo de la verdad de esta imagen coincide con una interrupción, tanto del reconocimiento como de la intención”.

Eduardo Cadava

El autor propone un cruce por la memoria y la consciencia, en torno a la conceptualización de las imágenes y la historia –citando a Freud- indica que “la consciencia surge en el lugar de la huella de un recuerdo (…) que hacerse consciente y dejar huella en la memoria son incompatibles para el mismo sistema” (Benjamin, 2001, p. 129). Es decir,

“Una memoria que se doblga a la llamada de la *atención*. Es la *mémoire volontaire*, un recuerdo voluntario; lo que pasa con ella es que las informaciones que imparte sobre el pretérito no retienen nada de este. Y así ocurre con nuestro pasado” (ibíd., p. 126).

La memoria, ha de ser entendida como la idea del recuerdo, no como el lugar donde retornan los recuerdos (voluntaria), sino, a través de la memoria involuntaria donde se “atesoran huellas duraderas como fundamento de la memoria” (ibíd. p. 129). Justamente el autor de *Sobre el concepto de historia*, evidencia la memoria voluntaria proustiana como la acción de interrogar esa falta, esa ausencia, como la facultad que hace repensar la recuperación de “lo sido”, como:

“una forma de desorden productivo es el canon de la memoria involuntaria, como lo es del coleccionista. [...] Y, al contrario, la memoria voluntaria es un registro que otorga a cada objeto un concreto número de orden bajo el cual aquél desaparece” (Benjamin, 2005, p 229).

La estructura del aparato psíquico permite recordar fragmentos del pasado, pero siempre como fragmentos, jamás en su totalidad, ya que lo perdido conlleva la idea de fugacidad. Así, la imposibilidad del recuerdo total se inscribe como máxima. Es por ello, que como recuerdo

“perdido que tratemos de evocar -nuestro pasado-, (serán) inútiles todos los esfuerzos que realiza nuestra inteligencia. Está oculto fuera de su dominio y de su alcance, en algún objeto material... que ni tan siquiera sospechamos. Y depende sólo del azar que lo encontremos ese objeto antes de morir, o que no lo encontremos”. (Benjamin, 2005, p. 408)

Por esto, la remembranza o el acto de recordar, surge la interpelación de las imágenes, fugacidad que en tanto, ausente, se muestra como despojo de las inscripciones que retornan para construir en forma de telar, los “hilos que pueden estar perdidos durante siglos y que el actual decurso de la historia vuelve a coger” (Benjamin, 1982, p. 104) en el presente, transformando su recuperación y resignificación social como tejido de la historia acallada. Imágenes que bajo su condición refractaria, convocan a una *tarea enteramente nueva* donde se reúnen el recuerdo y la justicia.

Benjamin insta a pensar en la rememoración, como aquel sitio donde nada ha de darse por perdido, poner “atención” a los pequeños y grandes relatos, como lo hiciera con las figuras del despojo –el *flâneur*, la puta, el trapero-; rescatando y resignificando el espacio de lo sido, a modo de un recuerdo involuntario que *punza* y nombra la reminiscencia de la ausente; por tanto,

“¿no sería quizá mejor decir que unos acontecimientos nos afectan como eco de algo que se encuentra en la sombra de la vida trascurrida? Esto se corresponde con el hecho de que ese *shock* con el que un instante entra en nuestra consciencia en la condición de ya vivido suele producirse normalmente en forma de un sonido. Se

trata de una palabra, de un murmullo, mejor aún, una palpitación cuya fuerza nos mete de improviso en la fría caverna del pasado, desde cuya bóveda el presente parece llegar solo como un eco? (Benjamin, 2011, p. 26)

A través de la diversidad de registros o inscripción, se puede pensar en la posibilidad de un encuentro con imágenes del pasado, que manifiestan por medio de los vestigios, lo ausente en el presente⁵⁶. Por tanto, este pensar se manifiesta como una forma de presentizar la memoria, que impulsa a la vez, la descomposición de la historia en imágenes, donde “el objeto de la historia es aquel a propósito del cual el conocimiento es realizado como rescate” (Benjamin, 2009 a, p. 117).

Así, la poética de la memoria benjaminiana hace de lo ausente, de lo perdido, el motivo de evocación en el presente, que a modo de rescate, se representa en la “imagen dialéctica”. “Imagen” que habita en el *discontinuum*, en tanto que,

“Tras la imagen dialéctica hay una teoría del conocimiento que consta de un sujeto –que se sabe no-sujeto y que por eso busca su subjetividad no en referencia a grandes pérdidas, como el trapero- y de un objeto que no está ahí inerte, aunque parezca historia natural, sino que, como las ruinas y las calaveras, es la expresión de un proyecto frustrado que clama justicia: El encuentro entre un sujeto necesitante y un pasado solicitante” (Reyes Mate, 2006, p. 112).

Un encuentro que en el presente, deja un pasado solicitante como advertencia de lo ausente, a modo de relámpago “atraviesa el horizonte entero de lo pretérito” (Benjamin, 2009, p. 60). Por ello, cabe preguntar ¿Qué se deja ver de esta imagen ausente? ¿Qué se esta dispuesto a evocar en una imagen de la historia?. El conocer de la historia se presenta irruptivamente como un relámpago, donde la “imagen dialéctica (que) ha de definirse como el recuerdo involuntario de la humanidad redimida” (Benjamin, 2009, p. 60).

⁵⁶ Derrida interroga en su texto “Mal de archivo”, la facultad de esta inscripción, que precisamente demuestra el carácter administrable (políticamente) de aquello que ha de ser recordado, enunciando el conflicto que problematiza la memoria como una política, es decir, una “política de la memoria”, hablar de una administración de (una) memoria, [por parte del estado], que nos lleva a un discurso hegemónico y de control, transformándola, en discurso oficial.

Pero ¿qué es lo que se recuerda?, ¿qué es lo que se olvida?. Lo recordado como herencia se enmarca de una institucionalidad fundada en la tradición de los oprimidos, por lo que el progreso se deja ver desde lo inscrito, que sin tener en cuenta la acción benjaminiana, la memoria corre el riesgo de tratar al pasado como utilizable, por ello –siguiendo a Benjamin- la sentencia de “leer lo que no esta escrito”, evocará aquello que ha ocurrido antes de nosotros y que bajo la consigna de la rememoración, se moviliza por medio de ruidos e imágenes evocados del pasado *en* el presente, despertando “*un saber-no-consciente*”.

La condición dialéctica de mirar la historia, lleva a una incesante búsqueda de lo perdido, a una mirada bizca al pasado “frustrado y que habitualmente se da por clausurado, es decir, por perdido: el olvido concierne siempre a lo mejor, porque concierne a la posibilidad de redención” (Reyes Mate citando a Benjamin en su texto sobre Kafka, p. 229). Aquí, la intención del autor no será sacrificar los grandes o pequeños relatos, sino representarlos por las figuras cuya marginalidad se encuentra en la “cuneta de la historia”.

Por ello, querer hallar la representación de la memoria y la historia en las letras benjaminianas, se esboza en la imagen dialéctica, en tanto resistencia de lo ausente en la historiografía. Así, la historia retrata imágenes que movilizadas por la memoria hacen hincapié en la marginalidad y el silencio de la historia producida desde los procesos de industrialización⁵⁷. En *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, Buck-Morss describe esta marginalidad como consecuencia de las políticas de consumo, y describe a las imágenes en tanto:

“(…) ‘dialécticas’, en un sentido del término, cuando son a la vez negadas y preservadas en la historia. En nuestro tiempo, en el caso del *flâneur*, no es su actitud perceptual lo que se ha perdido, sino su marginalidad. Si el *flâneur* ha desaparecido como figura específica es porque la actitud perceptual que él encarnaba impregna hoy la conciencia moderna; específicamente, la sociedad de consumo masivo (...) En la sociedad mercantil todos somos prostitutas (...), todos somos coleccionistas de objetos” (2005, p. 123).

⁵⁷ “Buscando ur-formas de la vida contemporánea, Benjamin evitó los tipos sociales y se concentró en los márgenes. Escogió al *flâneur*, la prostituta y el coleccionista, figuras históricas cuya existencia era ya económicamente precaria en su propio tiempo y socialmente precaria a través del tiempo, porque en última instancia la dinámica de la industrialización amenazaba a estos tipos sociales con la extinción, del mismo modo que amenazaba a los pasajes, el medio ambiente que originariamente había sido tan atractivo para sus oficios”. Buck-Morss, 2005, p. 120.

Las imágenes dialécticas serán entonces, desenterradas desde la reapropiación de lo antiguo en el presente, así como la tarea del coleccionista quien recupera del pasado objetos que fueron marginados de su época, para presentizarlos, tal como una aparición del pasado en la actualidad que se desplaza entre la materialidad del objeto pasado, el instante fugaz y su inscripción; como objeto de pieza única donde el eje de la rememoración, donde cada recuerdo es un intento emancipatorio para la historia.

La comprensión del concepto de historia y memoria irá tanteando su devenir desde las imágenes dialectizadas; pero no, en tanto, *racconto* de la historia, que hace pasear lo sido por su contextualización –intentado dar razones a los hechos-, al contrario, por medio de la presentización, es decir, de la vivencia del presente donde los acontecimientos pasados despliegan su intensidad dando lugar a la crítica del tiempo lineal, como pliegue de un tejido en construcción.

Desde aquí, pensar la imagen de la historia, será una constelación de tópicos benjaminianos. Por ello, el instante será leído de manera relampagueante, como urgencia del presente:

“... no hay instante que no traiga consigo su *chance* revolucionaria – sólo que ésta tiene que ser definida como una [*chance*] específica, a saber, como chance de una solución enteramente nueva, prescrita por una tarea enteramente nueva-. La *chance* revolucionaria peculiar de cada instante histórico resulta de una situación política dada”. (Benjamin, 2009, p. 52).

El presente se ha de instalar como una *chance* de resistencia, donde cada momento es clave para que el pasado se cuele, para testimoniar aquello ausente, ya que la acción del estallido conlleva la *chance* de la reflexión, del pensar y la rememoración, por ejemplo, en la acción de disparar al tiempo de los relojes, se dispara a la historia homogénea, se interrumpe el calendario y la consciencia de hacer saltar el *continuum*.

Así, “... el índice histórico de las imágenes no sólo dice que pertenecen a una época determinada” – dice sobretodo- que vienen a ser legibles en una época determinada, “cada presente está determinado por las imágenes que son sincrónicas con él: cada ahora es el ahora de una determinada cognoscibilidad” (Benjamin, 2009, p. 96), el *ahora* que en la

manifestación de su presencia pone en marcha al recuerdo de un conocer fragmentado, es la propuesta de construcción histórica desde la ruina.

Es, por tanto, en la actualización y la evocación de las imágenes pretéritas, donde se visualiza la presencia de la memoria benjaminiana, es decir, las imágenes dialectizadas asaltan desde el pasado trunco y abren una ventana a lo olvidado, a lo ausente; así el recuerdo y el olvido interrogan lugares en la historia del pasado, excavando y desenterrando “acontecimientos” se da sentido, se posibilita la presencia de los muertos.

La imagen por asalto del pasado, se presentiza para ser nombrada e interpelada, configurando así, la remembranza de la ausente, como método de redimir lo perdido ¿qué se “rememora” en una imagen de la “moneda en llamas”? ¿o qué traducir en la imagen de los detenidos del estadio nacional?. Benjamin, lo imaginó y fue capaz de comprender la capacidad creadora de la imagen (dialéctica de la historia), tanto en el campo del pensar, como de la sensibilidad y la recordación⁵⁸.

“Las fechas de la reminiscencia, no son fechas históricas, sino fechas de la prehistoria. Lo que hace que los días de festivales sean grandes e importantes es el encuentro con una vida anterior” (Benjamin, 2001, p. 156).

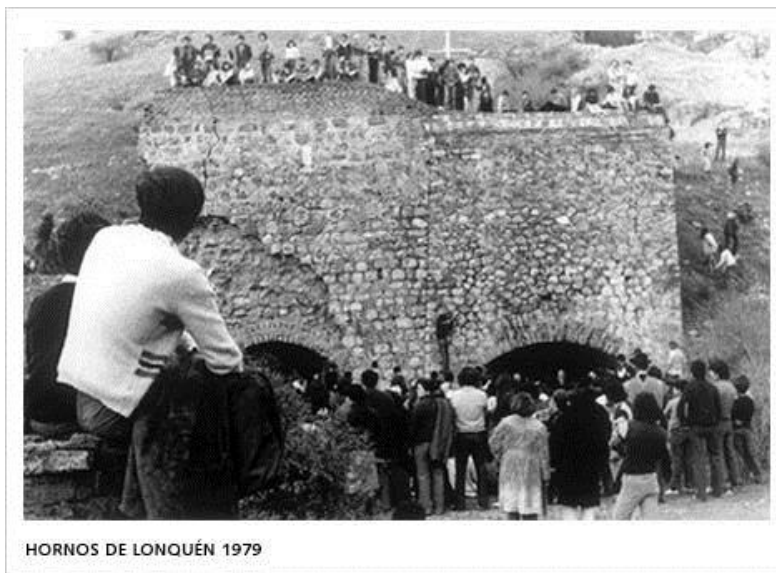


BOMBARDEO A LA MONEDA. 1973

⁵⁸ Una de las imágenes más significativas de la fractura nacional, es justamente el bombardeo a la moneda el día 11 de septiembre de 1973, cuyo acto al mando del ejército derroca a manos de tanques y balas al gobierno de Allende; cuestión que marca la historia como un acto bárbarico a nombre del progreso. Cuya imagen se convierte en metonimia de la representación de la violencia, el horror, la tortura, el exilio, la transformación social, la injusticia de toda una época.

Pensar la imagen que relámpaguea como el instante que anuncia una historia pendiente, es decir, “la idea de fugacidad de la memoria queda representada, cuando el *conocer del pasado* es recordado en un momento de peligro” (Reyes Mate, 2006, p. 114). Momento que amenaza con la desaparición del pasado, como borradura de una historia ruinoso, donde la tentativa del olvido no duda en construir sobre las ruinas.

Por ello, la desaparición ha de ser traducida como peligro que posibilita la irrupción a la historia lineal, y donde el sujeto debe de inquietarse, *pues es una imagen del pasado que amenaza con desaparecer en cada instante que “ninguno de nosotros” se reconozca en ella*. Por tanto, en el acto de exhumar el pasado se pueden escuchar las trazas del pasado como letras narradas por la memoria, que rescatadas a partir de la falta configuran ese instante de cognoscibilidad, al modo del relámpago⁵⁹.



⁵⁹ “La imagen dialéctica es relámpago. Como una imagen que relampaguea en el ahora de la cognoscibilidad, así hay que captar firmemente lo que ha sido. La salvación que se lleva a cabo de esta manera –y únicamente de esta manera-, hace que sólo (se) realicen lo que en el instante siguiente está ya perdido sin salvación posible. A este propósito, el pasaje de la mirada del vidente que se enciende en las cimas del pretérito”. Benjamin, La obra de los pasajes, Convoluto [N 9, 7], pág. 475. Y en La dialéctica en suspenso. Oyarzún complementa la cita, aludiendo a la figura “Carl Gustav Jochmann” y su introducción a “Los retrocesos de la poesía” en que habla del olvido a que quedaron consagrados los escritos del autor: “Al futuro, del que habla con palabras proféticas, le vuelve, por así decir, las espaldas, y su mirada de vidente se enciende en las cimas de las anteriores generaciones heroicas y de su poesía, que desaparecen cada vez más hondo en el pretérito” (Benjamin, 2009 a, p. 113).

Así, “las imágenes que, arrancadas de todos sus contextos anteriores, aparecen como objetos de valor, como torsos en la galería del coleccionista” (Benjamin, 2013, p. 118-119), vuelven a manifestar la falta, la ausencia de otro, en tanto alteridad, discurso o silencio. Por ello *quien sólo haga el inventario de sus hallazgos sin poder señalar en que lugar del suelo actual conserva sus recuerdos, se perderá lo mejor*. En tanto, “desenterrar y recordar” acerca el encuentro de capas que de forma azarosa, relampaguean como *imágenes arrancadas(...), como objetos de valor*. De la misma forma que el coleccionista toma el acto de coleccionar como:

“(...) una forma de recordar mediante la praxis y, de entre las manifestaciones profanas de la ‘cercanía’, la más concluyente. Por tanto, en cierto modo, el más pequeño acto de reflexión política hace época en el comercio de antigüedades”. (Benjamin, 2005, p. 223)

Imágenes pretéritas que convocadas en el presente mueven su significado. Así, desenterrar las imágenes de la historia como condición arqueológica, es la propuesta que se compone en torno el acto de recordar y al “hallazgo de las huellas”, tal como “quien intenta acercarse a su propio pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava” (Benjamin, 2013, p. 118).

Por ello, así como el coleccionista que encuentra el objeto bajo circunstancias detectivescas, el verdadero historiador debe hallar las capas por las que se tuvo que excavar, así “la exigencia que se hace al investigador para que renuncie a la actitud tranquila, contemplativa frente a su objeto, para hacerse consciente de la constelación crítica en la que dicho fragmento del pasado se encuentra precisamente presente”. (Benjamin, 1982, p. 91).

IV. Pasado y memoria: la alteridad como tejido histórico.

“La esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común y, también, que todos hayan olvidado unas cuantas cosas”.

Ernest Renan.

Las tensiones que emergen de la memoria, las imágenes y la historia, no sólo han de caracterizar una problematización frente a la inscripción, sino, que además, posibilitan la instancia de denuncia, de advertencia de lo sido... es aquí que el repetición, como figura dinamizadora que incide en el pensar –colectivo- de los hechos ocurridos, manifestando una memoria o memorialización que pone en disputa las formas de narrar la historia, lo recordado y lo olvidado.

La imagen dialéctica constituye entonces, la posibilidad de recuerdo y de olvido, de lo vivo y lo muerto, lo recordado y lo perdido. Manifiesta en su cifra la posibilidad de recuperar los relatos que han caído en las disyuntivas de las políticas de la memoria, relatos que dan cuenta de la exigencia que tiene el presente con aquello que se “actualiza”, con lo que se devela. ¿Qué aspecto puede tener hoy la imagen dialéctica que pretenda revelar el pasado?

Posiblemente proponer una respuesta, cuya la imagen dialéctica constituya la vía para conocer del pasado sea tentador, por ello, considerar la recuperación de la historia no contada, sigue siendo el enigma que deriva de la memoria, donde la interrupción del *continuum* tiene una implicancia en lo que hasta hoy se exhibe como la historia, que “cuando impera la experiencia en sentido estricto, ciertos contenidos del pasado individual coinciden en la memoria con otros del colectivo”. (Benjamin, 2001, p.128).

Así, la memoria debe movilizar la diversidad de espacios en el presente, desde lo privado a la esfera de lo público, en tanto espacios sociales que proyecten y logren manifestar en sus superficies, las tensiones que la memoria provoque *en* la historia, considerando su instancia de conservación y de sentido frente a las acciones reivindicativas, en tanto que constituyen a contrapelo, el modo de interpretación de la historia, su oficialidad y colectividad, que recuerda y olvida como resultado de la administración política, donde “una política de la memoria es una acción deliberada, establecida por los gobiernos o por otros actores políticos o sociales con el objetivo de conservar, transmitir y valorizar el recuerdo de determinados aspectos del pasado considerados particularmente significativos o importantes” (Groppo, 2002), así, una política tendrá una determinante: la selección; esto quiere decir:

“preservar determinados elementos del pasado y eliminar otros considerados menos significativos. Es porque toda política de la memoria es también, al mismo tiempo e inevitablemente, una política del olvido, ya que, al decidir prestar atención a ciertos aspectos del pasado, ella deja otros en la sombra - deliberadamente o no” (Groppo, 2002)⁶⁰.

Un ejemplo cuantificador es la historia nacional acontecida, es el golpe de estado el 11 de septiembre en Chile, como acontecimiento “peligrosa” que deambula entre el recuerdo y el olvido. Donde la memoria, se reconoce como reclamo de una historia dolida, en tanto ausente y pendiente de justicia, que, sin embargo, se ve representada, simbolizada en documentos, nombres, lugares, como lo heredado de la catástrofe, y donde gran parte de los documentos dan cuenta de la barbarie⁶¹, en tanto, representan a los ausentes y silenciados, de

⁶⁰ El autor, continua: “... las políticas de la memoria, utilizan el pasado reconstruyendolo en función de los problemas y las preocupaciones del presente; aunque trabaja sobre el pasado, está vuelta hacia el futuro ya que ella dibuja implícitamente un cierto tipo de sociedad. según los objetivos perseguidos, existen políticas de la memoria muy diferentes, algunas de las cuales se inscriben en una lógica autoritaria. En sí, en efecto, la memoria no es ni buena ni mala: todo depende del uso que se haga de ella (...)

⁶¹ A modo de presagio, Benjamin describía así, a trazos, los paisajes de la Gran Guerra: “Masas humanas, gases y fuerzas eléctricas fueron arrojados sobre el mundo; torrentes de altas frecuencias recurrieron raudos el paisaje; nuevos astros se mostraron en el cielo; el espacio aéreo y las profundidades submarinas iban bramando con los propulsores, y por doquier enterraban a las víctimas en la madre tierra. Este gran galanteo con el cosmos tuvo lugar así, por vez primera, a escala planetaria, y además en el espíritu de la técnica. Mas como el incesante afán de lucro propio de la clase dominante proyectaba expiar precisamente en ella su voluntad, la técnica traicionó a la humanidad, transformando su tálamo en un gran mar de sangre”. (Benjamin, 2011, p. 88).

modo inconcluso. Por una parte, tanto en el informe *Rettig*⁶² (1991) como el informe *Valech*⁶³ (2004), tratan de manifestar una forma de recuperación lo pendiente de la historia local, aportando datos cuantitativos de las víctimas “2.279 (...) incluyen a la mayoría de los desaparecidos. Por otra, la historia documentada se reconoce como incompleta, así, la cantidad de víctimas se presenta como un número improbable, cuya exactitud “probablemente nunca conoceremos” (Winn, 2007)⁶⁴.

“El problema de la memoria se plantea, entonces, cada vez más como un problema de transmisión en dirección de las nuevas generaciones que no conocieron la época del sedicente” (Groppo, 2002) que arrastra una falta que en tanto nombre o número, comienza a ser parte del silenciamiento como mecanismo político. Aparece, aquí el peligro o la advertencia benjaminiana ¿desde dónde se olvida?, ¿desde el silencio?, ¿desde el dolor?, ¿olvido como representación de la herida que no deja de revivir?.

La oficialidad de la historia se presenta como aquella parte de la historia que empatiza con el vencedor, de ahí que la otra parte, se convierta en la reclamación a lo vencido.

⁶² “(...), esa historia oficial fue ampliada por la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (1990), que incorporó los nombres de otras 899 personas muertas o desaparecidas como producto de las violaciones de los derechos humanos y la violencia política, para llegar a un total de 3.178 víctimas oficialmente reconocidas. (...), el Informe Rettig no identifica —a diferencia de las comisiones de verdad de otros países— a los perpetradores de los crímenes que enumera, lo cual genera una laguna difícil, [en tanto, nombre, verdad y justicia]. Por último, de los más de dos mil desaparecidos mencionados, sólo se han recuperado algunos cientos de cuerpos, con la consecuente imposibilidad de confirmar mediante pruebas forenses la veracidad de los testimonios a menudo oficiales sobre los cuales se basa el informe. En resumidas cuentas, solemos saber más sobre el secuestro de los desaparecidos, presenciado y denunciado por familiares, amigos y vecinos, que sobre sus experiencias como prisioneros y su muerte presunta”. (Winn, 2007)

⁶³ “La comisión formada para el informe, sólo consideró los casos de los “ex presos y torturados [...] quienes han querido dejar constancia de lo que les pasó y esperan reparación”, en total 35.868 personas (Elizabeth Lira, comunicación privada del 28 de abril de 2004). Si suponemos que el total de chilenos que fueron encarcelados o torturados superó probablemente los cincuenta mil y acaso los cien mil, el juicio de Lira de que con el trabajo de su comisión “se cerrará una etapa [...] para abrir otra” parece profético —y lo confirman los numerosos grupos de sobrevivientes de la tortura que están constituyéndose o haciendo pública su experiencia a raíz de ese trabajo—, y se justifica mi conclusión de que Chile *recién* está empezando a enfrentar este doloroso legado de la dictadura pinochetista”. (Winn, 2007).

⁶⁴ Todos estos informes, denunciaban los abusos e inscribían los nombres de las víctimas, aunque no declaraban contra los torturadores. Su rol era más bien enunciativo, pero no dejaba de ser empático con el vencedor, es decir, pese a la facultad de reconocer las agresiones, estos documentos tampoco dejan claro cuantitativamente, los hechos acontecidos. Es sabido, que periódicamente se entregan datos o señas de este oscuro período local, más no completan el cuadro de la historia, llegar a conocer interrumpidamente sitios, nombres, actos, pero que antes de esclarecer, abren una nueva reflexión sobre la memoria y el olvido.

Así, la historia del vencedor favorece a la historia de la borradura. Brecht, en su poema *Preguntas de un obrero que lee*, retrata la figura del vencedor y la historia de la borradura:

¿Quién construyó Tebas, la de las siete Puertas?
En los libros aparecen los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la volvió siempre a construir?
¿En qué casas de la dorada Lima vivían los constructores?
¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue terminada la Muralla China?
La gran Roma está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió? (Lowy, p. 92).

Desde lo anterior, considerar uno de los momentos icónicos contra la borradura, se retrata en el caso de los “Hornos de Lonquén”, cuando en 1978 fueron encontrados los cuerpos de 15 hombres calcinados, como prueba del silenciamiento de cuerpos sucedidos en los primeros años de la dictadura. Este hallazgo provocó la operación “retiro de televisores”, que consistía en retirar las osamentas de distintas fosas clandestinas de cientos de desaparecidos borrando todo rastro o evidencia⁶⁵.

Borrar, entonces, se logra aplicar a la censura no sólo de los cuerpos, sino también en cuanto injusticia (de los hechos acontecidos) y la falsificación de datos, para hacer desaparecer toda huella o marca de lo acontecido (un claro ejemplo de ello, fue lo que ocurrió con Villa Grimaldi⁶⁶), como testimonios de lo que –a modo de contrahistoria-, revela aquello que los militares han insistido en ocultar⁶⁷.

⁶⁵ Recuperado de http://www.archivochile.com/Derechos_humanos/chihuio/ddhh_chihuio0008.pdf

⁶⁶ Archivo y memoria, la experiencia del archivo oral de Villa Grimaldi, en <http://villagrimaldi.cl/wp-content/uploads/2011/07/Libo-Archivo-Oral-Final.pdf>

⁶⁷ “El año pasado los militares chilenos entregaron una lista de detenidos desaparecidos que los habían arrojado al mar. Eso tiene implicancias importantes por que según la Constitución chilena no se puede amnistiar los delitos de secuestro pero si los de asesinato, entonces al no conocerse los paraderos de los desaparecidos no se podían amnistiar, pero al declarar que los habían tirado a todos al mar su paradero se hace conocido y la amnistía se hace posible. Entre las instituciones de Derechos Humanos surgió el debate sobre la veracidad de dichas declaraciones, pues se dijo que por ejemplo a Juan Soto lo habían tirado al mar el 10 de enero y resulta que su mujer lo había visto vivo el 15 de marzo. Por supuesto que los familiares y defensores de Derechos Humanos reaccionaron frente a la falsedad de las declaraciones y lo hicieron acusando a los militares de mentir sobre el paradero de sus familiares, pero al mismo tiempo se los acusó de “intentar hacernos olvidar a nuestros familiares”. Piper (Ed.), 2005, p. 100.

La potencia de la memoria en la sociedad es un sitio de conflicto, donde se narra - o se espera- una estabilidad comprensiva de lo pasado, pero a la vez, problemática de “dar cuenta” del pasado, ya que esta acción no sólo se remite a lo individual, sino, a las colectividad de memorias, o lo inscrito... por eso, consensuar una historia oficial, se presenta como el límite del recordar.

Como paradigma de situaciones violentas, muchas sociedades han intentado por medio del olvido, borratura, “seguir adelante” para “tratar” de conseguir la reconciliación; acá, la transición a la democracia y la ausencia de procesos judiciales se han instalado en el eje de la discusión –tomando en cuenta su rol- en el terreno de la memoria y el olvido, tanto para la historia, como para la justicia, donde miles de desaparecidos, nombres, silencios no han sido registrados, quedando al margen de la inscripción, del recuerdo y de la impunidad⁶⁸.

“La injusticia pasada ha ocurrido y está cerrada. Los muertos han sido matados efectivamente (...) Lo que la ciencia ha establecido puede modificarlo la remembranza. La remembranza puede convertir lo inconcluso en algo concluido y lo concluido en algo inconcluso” [N 8, 1].

Así, el ejercicio de recordar, no sólo podrá traer la imagen del ausente, sino, ha de manifestar, la memoria como modelo de dicotomías entre lo escrito y lo no escrito, entre lo recordado y lo olvidado, como problema de la representación de la presencia sin relato, es decir:

“una memoria, sea individual o colectiva, designa la presencia del pasado (...) transmitida por sujetos y, por tanto, por una palabra y no simplemente por huellas materiales (...) la memoria no es todo el pasado: la parte que continúa viviendo en

⁶⁸ Andreas Huyssen, propone, recurriendo a las concepciones del olvido de Ricoeur, una ética del olvido, en cuanto, diferentes formas de olvido en una sociedad. Es necesario localizar el olvido en un campo de términos y de fenómenos tales como silencio, ausencia de comunicación, desarticulación, evasión, apagamiento, erosión, represión — todos los cuales revelan un espectro de estrategias tan complejas como las de la memoria. Ricoeur sugiere algunas distinciones básicas: olvido como *mémoire empêchée* (memoria impedida), que es primeramente relacionada a la del inconsciente Freudiano y la repetición compulsiva; segundo, olvido como *mémoire manipulée* (memoria manipulada) que es inherentemente relacionada a la narratividad, en el sentido que cualquier narrativa es selectiva e implicará, pasiva o activamente, un cierto olvido de como la historia podría haber sido contada de manera diferente; tercero, *l'oubli commandé* (el comando para olvidar) u olvido institucional que se refiere, en este caso, a la amnistía. (2004) *Resistencia a la Memoria: los usos y abusos del olvido público* recuperado el 20 febrero de 2016 de http://intercom.org.br/memoria/congresso2004/conferencia_andreas_huyssen.pdf

nosotros es siempre tributaria de las representaciones y de las preocupaciones del presente” (Rousso, citado por Groppo, 2002).

Una figura que refleja la polaridad social frente lo recordado y lo olvidado, es el desaparecido, que, como impronta –en tanto palabra- de la memoria de la dictadura, hoy es parte de un relato social y jurídico.

“Es conocida la cuidadosa borradura de pruebas y de huellas de la represión - incluyendo especialmente la destrucción de documentación y la supresión de los cuerpos de los detenidos **-desaparecidos-** en las dictaduras del Cono Sur. En Argentina – *por ejemplo*- aparecen de vez en cuando testimonios de vecinos (y aún de los propios represores) que denuncian la existencia de campos de detención clandestinos que no habían sido denunciados antes, por haber sido campos de aniquilamiento total, lo que implica la inexistencia de sobrevivientes” (Jelin, 2002, p. 30).

El talante difuso de lo ausente frente al acto de rememorar se transforma en la narrativa de la imagen, que traducida desde la lengua provoca su evocación: desaparecido, tortura, genocidio, impunidad. Así, los acontecimientos no sólo se instalan como un muro entre el vencedor y lo vencido, sino a la vez, como un cuerpo social que por medio de la memoria, movilizan la búsqueda bajo la consigna “verdad y la justicia”⁶⁹.

Así, frente a la simbología de lo ausente, surge la pregunta ¿qué recordar?... ¿a quién recordar?, ¿y qué pasa si no tenemos su rostro, sus nombres?. Benjamin, distingue “que la mayoría de los recuerdos que buscamos se nos aparecen como imágenes de rostros, y que en buena parte de las figuras que ascienden libremente de la *mémoire involontaire*, son imágenes de rostros aisladas, presentes sólo enigmáticamente” (1929).

Por tanto, en un lugar con tanto peligro –en términos benjaminianos- esta figura se instala como el pacto del recuerdo y el olvido, donde eufemísticamente el lenguaje ha

⁶⁹ La memoria colectiva, en muchos casos, permitieron recomponer parte de la historia acallada, por medio de los testigos, de sus relatos, de lo personal o del que estuvo junto a él, esta memoria llegó a entronar a la memoria dominante de los militares, vino como redentora de la impunidad y el olvido. Así, gran parte de la vida de la memoria silenciada, estuvo a cargo de grupos de familiares de detenidos (AFDD, AFEP, Madres De La Plaza De Mayo, HIJOS, etc), que bajo su insistente *recuerdo*, mantuvieron presente el rostro del ausente.

denomina como “el desaparecido”, que silenciando su nombre, se presenta como un no-presente que aparece: una inquietante alteridad en demanda de registro que manifieste su existencia. En tanto, huella que produce insistencia en el devenir de las memorias.

Pensar la memoria desde las imágenes de los desaparecidos, articula el discurso dominante como ejercicio público y social de la historia, ya que evidencia inscriptivamente su presencia y ausencia. A medida que por ellas se marcha, se logra leer la ausencia de sus rostros, de sus cuerpos, de sus palabras, de sus testimonios. Volver la mirada hacia el pasado, haciendo valer la pregunta histórica ¿Dónde están?, de cuya respuesta, se nutre la ausencia de sus cuerpos. Así, la omisión del “están en...” provoca la confirmación de un silencio y la necesidad de recuperar el relato de una historia pendiente.

¿Dónde están?, como signo de la insistencia y repetición de lo sido, es parte de la instancia memorial que manifiesta en el presente la mirada bizca al pasado y su relato. La interrogación sin respuesta se transforma en pregunta de recordación del horror y de las desapariciones, de la borradura y las manipulaciones de los cuerpos⁷⁰.

“Se trata de una exigencia: lo retratado en la foto exige algo de nosotros. El concepto de exigencia me interesa muy particularmente y no quisiera confundirlo con una necesidad fáctica. Aún si la persona fotografiada estuviese hoy completamente olvidada, aún si su nombre hubiese sido borrado para siempre de la memoria de los hombres -y a pesar de esto; es más, precisamente por esto-, esa persona, ese rostro exigen su nombre, exigen no ser olvidados” (Agamben, 2005, p. 32)⁷¹.

Así, su imagen está en lugar de los nombres: imagen que habla de la presencia de un pasado borrado y que resiste a ser olvidado por medio de la rememoración; Documentos instrumentalizados a favor de los vencedores, ejecuciones ocultas, conforman hoy el motivo

⁷⁰ Una forma de borradura de los nombres y de los cuerpos, se gesto con los cadáveres que fueron lanzados al mar. El caso de Marta Ugarte quien aparecería muerta “un 9 de septiembre de 1976 en la playa La Ballena, próxima a Los Molles, revelando que había sido arrojada a las profundidades del océano amarrado a un trozo de riel, del que circunstancialmente logro desprenderse” (www.villagrimaldi.cl), o los cadáveres que flotaban en el río Mapocho post 11 de septiembre, así como la denominada Caravana de la muerte y el silenciamiento de los cuerpos, que hasta el día de hoy, se presentan como “pactos de silencio”.

⁷¹ *Profanaciones*. (F. Costa, E. Castro, trad.). Editorial Adriana Hidalgo.

de justicia, como una débil fuerza que *hace saltar el continuum de la historia*. Fuerza y debilidad que confluyen en el eco del pasado para reivindicar a los oprimidos⁷².

Probablemente, la recuperación del pasado, no es en lo que estaba pensando Benjamin a la hora de contemplar lo destruido, de recomponer los pedazos y rememorar lo ausente; ya que, la imagen fugaz del pasado no se instala como memoriales, o calles con nombres de ausentes, sino, la propuesta, podría acercarse más a ejercer una consciencia de los recuerdos, una política de la actualización de todos los nombres silenciados, articulando las reflexiones en torno a las letras, las narraciones, los testimonios desde la revalorización de una vida.

Desde la memoria, la colectividad recordará interrumpidamente hechos, citas, detalles, por ello pensar en contemplar la historia, se tendrá que mirar panorámicamente los acontecimientos y el telón de fondo es lo que se ha desvanecido⁷³. Por tanto, recordar se muestra como un ejercicio de resistencia, frente a la borradura y olvido que a través del silencio se quiso imponer. Así,

“podría hablarse de una vida o de una vida o de un instante inolvidable, aún cuando toda la humanidad los hubiese olvidado. Sí, por ejemplo, su carácter exigiera que no pasase al olvido, dicho predicado no representaría un error, sino sólo una exigencia a la que los hombres no responden, y quizás también la indicación de una esfera capaz de responder a dicha exigencia”. (Benjamin, 1923).

Por una parte, la gran dificultad de historizar la memoria en las generaciones venideras no responde a la capacidad de recordar o de verlar lo silenciado, es más bien contraria a su actualización, es decir, la condición para recordar, requiere de cierta

⁷² Pensar en el ocultamiento de todos aquellos episodios violentos –*retiro de televisores, plan colombo, plan z, caravana de la muerte*– que lentamente, el presente avizora acercar al conocer del pasado.

⁷³ “En agosto y septiembre de 1998, los discursos alrededor del once y la memoria, empezaron a mostrar el agotamiento del ciclo anterior y lo insoportable de seguir con ello como un nuevo punto de partida. En este contexto se suprimió el 11, se habló y polemizó sobre los ‘gestos’ mutuos, se sugirió que quizás con la ayuda de la Iglesia su podría llegar a tener nueva información sobre el paradero de los detenidos desaparecidos, se celebró el 4 de septiembre en el Estadio Nacional como una fiesta de jóvenes, que querían imaginar una memoria de ideales y alegría” [(2002) Steve Stern, *De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico*, Chile, 1973-1998]. Posteriormente, se nombró el “Día de la Unidad Nacional”, fecha que duró hasta 2002, año en que fue derogado. Este tipo de eventos pretenden transformar la memoria individual y colectiva en olvido como argumento para la reconciliación nacional.

performatividad como lo es la consigna de no olvidar, ya que por una parte, no hay memoria espontánea, se requiere de acción, de interrupción⁷⁴. Por otra, la memoria siempre viene dada por los otros, es decir, la memoria es una instancia dialéctica de recuerdos, olvidos, individuales, colectivos; es así, que la constelación de la memoria y la historia

“es una invitación a todas las historias dentro de la historia: el salvaje, el pasado, el pueblo, el loco, el niño: heteronomías, es decir multiplicidad de historias de todas aquellas disciplinas que abrazan la construcción de la historia. Los discursos sobre el otro, *heterologías*, se construyen de dos topologías: saber y el discurso del objeto: “la búsqueda histórica del sentido, no es sino la búsqueda del Otro, pero esta acción contradictoria trata de envolver y ocultar en el sentido la alteridad de este extraño, muertos que todavía se aparecen y ofrecerles tumbas escriturísticas” (De Certeau, 1989, p. 16).

Por ello, cada política de la memoria deberá considerar la posibilidad de alteridad en su acción. Pensar en que nada debe darse por perdido, al mismo tiempo que leer en las imágenes su fragmentariedad, grietas, hilos de lo acontecido que logra romper con el tiempo homogéneo. Así, en la interrogación a las inscripciones, a los cuerpos, a las huellas, se configura una reflexión jurídico-política frente a la obra benjaminiana, que va reescribiendo lo inquietante de la recordación.

“Los actuales tiranos no tienen ningún miedo de aquellos que hablan. Mucho más temible es el silencio, el silencio de millones y también el silencio de los muertos, que día a día se hace más profundo y que no acallan los tambores, hasta que se convoque el juicio”⁷⁵.

⁷⁴ Por ejemplo, un acto reivindicatorio en Argentina de los años '90s conocido como “escrashe”, que por medio de una manifestación se denunciaba a todo personaje que realizó actos violentos durante la dictadura: secuestros, torturas, detenciones, desapariciones, etc. A los cuales, la justicia no los ha tocado, viviendo en la impunidad. Esta acción se concentra en marcar o rayar los muros de las casas con consignas contra el olvido. A su vez, en Chile, esta acción directa es denominada “funa”, la que se realiza con ruido y dando a conocer su prontuario. La consigna de “si no hay justicia, hay funa”, manifiesta la condición ética de estas acciones.

⁷⁵ Recuperado de <http://tiqqunim.blogspot.com/2013/07/el-silecio-y-su-mas-alla.html>



Andrés Ontañón - Fotomontajes
Fotomontaje 1973-2014. Persistencia de la memoria.

En definitiva, la historia y las imágenes participan de un contexto social, que marca la diversidad de la memoria en torno al relato, es decir, como tópico del presente en el relámpago del pasado. La relación de recuerdo y olvido, se transforma en un discurso político, donde la rememoración histórica deambula entre la memoria de los sujetos que olvidan y de lo colectivo que recuerda. Así, la memoria y su reflexión de la historia, debe plantearse como reacción a las injusticias pasadas, “en efecto, tan humanamente digno es alzarse lleno de indignación contra la injusticia dominante, como alzarse para mejorar la existencia de los que vendrán” (Benjamin, 2005, p. 347).

La historia, la nueva obra, debe ser capaz de releer en el presente, los triunfos como las derrotas, por ello, es en el concepto de memoria, donde visualiza la carga de futuro, en tanto, *fuerza* de la rememoración, que transforma y obliga a toda narración a ser resignificada, es decir, a tomar la memoria como un reto en construcción frente a la justicia, que como un proceso tardío, impera el conocer de lo sido⁷⁶; por que

“si los muertos no importan, entonces la felicidad no es cosa del hombre sino del superviviente. Si importa la vida de todos, entonces relacionaremos la vida

⁷⁶ Los procesos judiciales suelen estar relacionados con lo ético de sus normas. Así, la amnistía se traduce como la imposición del olvido jurídico, en tanto, que por medio de la ausencia de la justicia, se instala una suerte de amnesia en el aparato jurídico, cuestión que puede ser leída, como una obligación a olvidar, pero no como borrón, sino, como silenciamiento: “no se habla”. Pero donde, a la vez, la oposición a la impunidad provoca los debates “ético-jurídico” –agrupaciones de familiares, académicos, pobladores- como respuesta a los crímenes cometidos, manifestando públicamente una memoria colectiva y su acción: rayado de muros, marchas, visitas a lugares de detenciones, etc.

frustrada de los muertos con los intereses de los vivos, negándonos a seguir un proyecto que supusiera el desprecio de los caídos. Cuando damos el paso de olvidar la muerte perpetramos un crimen hermenéutico que se suma al crimen físico. Nada impide entonces que apliquemos a la vida individual o colectiva el principio darwinista de que el sentido lo encarnan y lo señalan los mejores o más fuertes. Por eso el orden de redención, que da importancia a las florecillas del camino, es decisivo para el destino de los vivos.... Si, pese a ese nuevo imperativo categórico –“reorientar el pensamiento y la acción para que Auschwitz no se repita”- los genocidios, las dictaduras y la injusticia social se han repetido... ¿será que no basta la memoria o porque no hemos recordado bien? Estas Tesis... vienen a decir que no hemos tomado en serio la memoria” (Reyes, 2006)

No se trata de un positivismo de la memoria, sino, un ejercicio de movilización, por ejemplo, en muchos casos, los movimientos o agrupaciones resignificaron la memoria, como una revaloración a los crímenes cometidos durante la dictadura, dieron voces a los ausentes y dieron nombre a los victimarios, pero, dieron sobretodo reclamo a la palabra “justicia”, como articulación entre pasado y memoria de los hechos acontecidos (torturados, desaparecidos, exiliados), pero cabe preguntar ¿cuál será el acto de justicia que responda a los reclamos?: ¿la aparición del desaparecido?, ¿el juicio de los culpables?. La respuesta se complejiza frente a la idea de la construcción de un juicio que de justicia a los crímenes, ya que la diversidad de sensibilidades dejadas por la catástrofe, no asegura “salvar” el pasado del olvido, ni la permanencia de la memoria, sumado, además, a que el pasado se presenta –periódicamente- frente a una sociedad distinta... ¿Cada cuánto tiempo hay que volver a las fechas de reminiscencia para no olvidarlas?...

En conclusión, cuando se es asaltado por un pasado pendiente, es deber, *que la imagen salga a la luz por medio de todos los detalles*: “no hay progreso si las almas que han sufrido no tienen derecho a la dicha y a la realización” (Lowy, p. 56). La idea de justicia que en tono de reparación⁷⁷, manifiesta la rememoración del pasado, debe estar cargado de la idea

⁷⁷ La justicia –como aparato judicial- es una incitación al olvido, que bajo la crítica de las agrupaciones, exige su otrora, el castigo frente a la acusación. Por eso, los Derechos Humanos, son un instrumento ante la violencia o el conflicto que la justicia no ejecuta. Pero tanto este cuerpo, como el aparato estado, no han de reparar ni reconciliar nada. Esto conlleva que se siga denunciando.

de porvenir, para dar cabida a las imágenes a contrapelo , que otorgue la posibilidad de reconstrucción de la historia desde la colectividad.

Así, la reparación o *Tikkum*⁷⁸ en lenguaje cabalístico, se traduce en la idea de recomponer todos los fragmentos del mundo, pero específicamente en tono de reconstruir la vasilla o el cuadro de la historia que yace esparcido en pedazos, tanto discursiva como prácticamente. Pedazos que como emergencia del presente, se conforman como los relatos que evidencian la historia fragmentada: “de manera que el único remedio, en espera de que llegue el asalto final, es volver la mirada a lo extraordinario, lo único que todavía nos puede salvar”⁷⁹.

Por ello, la memoria abre sentidos donde la historia cierra hechos, abre como dimensión político-jurídico un lugar de divergencias y disensos, provoca articulaciones entre la políticas y la memoria, por tanto “el giro copernicano de la visión histórica” que conlleva implicancias de transformación donde la (re)memoración se traza como una lección no sólo política, sino ética; así coincide con la idea de acción revolucionaria que se presenta en la tesis XV: “La consciencia de hacer saltar el *continuum* de la historia les es peculiar a las clases revolucionarias en el instante de su acción”. La acción de recordar se nutre de “la imagen de los antepasados esclavizados, y no del ideal de los nietos liberados” (2009, p. 49).

Aún hay mucho que no se sabe⁸⁰, pero de lo que sabemos, es que si se olvida, se torna probable la *chance* de la repetición, y ser los desaparecidos de mañana. Por ello, la historia no puede entenderse como un objeto clausurado, sino más bien, se logra representar en la imagen de una partida de ajedrez, ya que las piezas siguen en el tablero, y en ello, yace la posibilidad del recuerdo.

⁷⁸ “El Tikkún judío exige centrarse en acciones en lugar de creencias. Es que el ser judío te exige demandas. No sólo existen los deberes (*mitzvot*) sino también la obligación de buscar la justicia y la caridad (*tzedaká*), y trabajar para sanar el mundo roto (*tikkun olam*). Desde el mítico pacto en el Sinaí, cada generación judía escoge de modo voluntario el deber de ser proactivo en la corrección de las imperfecciones y la inequidad”. Recuperado el 11 de marzo de 2013 de <https://revistaoz.wordpress.com/2011/10/11/tikkun-olam-algunas-precisiones/>.

⁷⁹ Benjamin, Walter (2011) *Calle de dirección única*, p. 22, Editorial Abada.

⁸⁰ El amplio campo de discusión que convoca la dictadura, como historia inconclusa, se destaca no sólo su marca en el ámbito político-económico, sino también jurídico, donde la justicia tiene un ejercicio lento e ineficaz en cuando al castigo de los culpables, ya que muchos de los militares torturadores o responsables, han safado de las acusaciones, por medio de juicios bajo consejo militar o bien por “demencia”, cuestión que deja abierta la impunidad.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Theodor. (1972). Introducción a “*La disputa del positivismo en la sociología alemana*”. (J. Muñoz, trad.). Ediciones Grijaldo. México.

Benjamin, Walter. (1923). *La tarea del traductor*. recuperado el 17 de febrero de 2016 de <http://www.henciclopedia.org.uy/autores/BenjaminWalter/Traductor.htm>.

(1929) *Una imagen de Proust*. Recuperado el 08 de marzo de 2016 de <http://www.observacionesfilosoficas.net/unaimagendep.html>

(1982). Eduard Fuchs. Historia y coleccionista. *Discursos interrumpidos*. Editorial Taurus. Madrid.

(2001) Sobre algunos temas en Baudelaire. *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. (J. Aguirre trad.). Editorial Taurus, Madrid.

(2001 a) Sobre el lenguaje general y sobre el lenguaje de los humanos. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. (R. Blatt, trad.). Editorial Taurus. España.

(2005) *Libro de los pasajes*. (L. Fernández, I. Herrera y F. Guerrero, trad.). Ediciones AKAL, Madrid.

(2008) *El narrador*. (P. Oyarzún Robles, trad.). Ediciones metales pesados. Santiago.

(2009) “Sobre el concepto de historia” en Walter Benjamin, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. (P. Oyarzún Robles, trad.). Editorial LOM, Santiago.

(2011) *Infancia en Berlín hacia el mil novecientos*. (J. Navarro Pérez, trad.). Editorial Abada. Madrid.

(2013) *Cuadros de pensamiento*. (S. Mayer, trad.). Ediciones Imago Mundi. Buenos Aires.

Buck-Morss, Susan. (2005). *Walter Benjamin, escritor revolucionario*. (M. López, trad.). Editorial interzona. Buenos Aires

Collingwood-Selby, Elizabeth. (2009). *El filo fotográfico de la historia, Walter Benjamin y el olvido de lo inolvidable*. Editorial metales pesados. Santiago.

Danto, Arthur C. (1989). *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Introducción de Fina Birulés. (E. Bustos, trad.). Editorial Paidós. España.

De Certeau, Michael. (1989). *La escritura de la Historia*. (J. López Moctezuma, trad.). Editorial UIA (Universidad Iberoamericana). México.

Déotte, Jean-Louis. (1998). *Catástrofe y Olvido, Las ruinas, Europa, El museo*. (J. P. Mellado, trad.). Editorial cuarto propio, Santiago.

Farge, Arlette. (2008). “Del acontecimiento”, en *Lugares para la historia*. (M. Albornoz, trad.). Editorial UDP. Santiago.

Freud, Sigmund. (1914). “El block maravilloso”. *Obras Completas de Sigmund Freud, tomo III*. (2.808-2811) (L. López-Ballesteros y de Torres, trad.). Editorial Biblioteca Nueva. Madrid, 1996.

Gropp, Bruno. (2002) Las políticas de la memoria. Recuperado el 06 de marzo de 2014 de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3067/pr.3067.pdf

Jelin, Elizabeth. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Editorial Siglo XXI. España.

Löwy, Michael. (2003). *Walter Benjamin: Aviso de incendio, una lectura de las tesis "sobre el concepto de historia"*. (H. Pons, trad.). Editorial Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Oyarzún, Pablo. (2009). "Cuatro señas sobre experiencia, historia y facticidad, en *Walter Benjamin, la dialéctica en suspenso, fragmentos sobre la historia*. Editorial ARCIS-LOM. Santiago.

Piper, Isabel. (2005). *Memoria y derechos humanos: ¿Prácticas de dominación o resistencia?*. Editorial ARCIS- CLACSO. Santiago.

Reyes J, Leonora. (2013). A 40 años del golpe: el debate curricular inacabado. *Revista Docencia*. Págs. 30-46.

Reyes Mate, Manuel. (2006) *Medianoche en la Historia, Comentarios a las tesis de Walter Benjamín "Sobre el concepto de historia"*. Editorial Trotta, España

Winn, Peter. (2007). *El pasado está presente Historia y memoria en el Chile contemporáneo*. Recuperado el 20 de enero de 2016 de http://www.historizarelpasadovivo.cl/es_resultado_textos.php?categoria=Chile%3A+los+caminos+de+la+historia+y+la+memoria&titulo=El+pasado+est%El+presente.+Historia+y+memoria+en+el+Chile+contempor%Elneo